

ACTO III

EMBRIAGUEZ MORTAL

Una sala magnífica del palacio Negroni. Á la derecha una puerta de escape.—En el fondo se abre una gran puerta de dos hojas. En el centro una mesa soberbiamente servida á la moda del siglo XVI. Pajecillos negros vestidos de brocado de oro, circulan en torno.—En el momento de levantarse el telón hay catorce convidados en la mesa, Jeppo, Maffio, Ascanio, Oloferno, Apóstolo, Genaro y Gubetta, y siete mujeres jóvenes, lindas, lujosamente engalanadas. Todos beben ó comen, ó ríen á carcajadas con sus vecinas, excepto Genaro, que está pensativo y silencioso.

PERSONAJES

- LUCRECIA BORGIA.
- GENARO.
- GUBETTA.
- MAFFIO ORSINI.
- JEPPO LIVERETTO.
- APÓSTOLO GAZELLA.
- ASCANIO PETRUCCI.
- OLOFERNO VITELLOZZO.
- LA PRINCESA NEGRONI.
- DAMAS, PAJES, FRAILES.

p. 80 ESCENA I

JEPPO, MAFFIO, ASCANIO, OLOFERNO, APÓSTOLO, GUBETTA, GENARO, mujeres, pajes

Oloferno (*con el vaso en la mano*).—¡Viva el vino de Jerez! Jerez de la Frontera es una ciudad del paraíso.

Maffio (*con el vaso en la mano*).—El vino que bebemos vale más que las historias que contáis, Jeppo.

Ascanio.—Jeppo tiene la manía de contar historias cuando ha bebido.

Apóstolo.—El otro día era en Venecia, en casa del Serenísimo dux Barbarigo; hoy es en Ferrara, en casa de la divina princesa Negroni.

Jeppo.—El otro día era una historia lúgubre; hoy es una historia alegre.

Maffio.—¡Una historia alegre, Jeppo! De cómo don Silicio, galante caballero de treinta años, que había perdido su patrimonio, se casó con la riquísima marquesa Calpurnia, que contaba cuarenta y ocho primaveras. ¡Por Baco! ¡Eso os parece alegre!

Gubetta.—Es triste y común. Un hombre arruinado que se casa con una mujer caduca es cosa que se ve todos los días.

(*Sigue comiendo. De vez en cuando algunos se levantan y van á hablar en el proscenio mientras continúa la orgía.*)

La Princesa Negroni (*Á Maffio, señalándole á Genaro.*)—Señor conde Orsini, tenéis ahí un amigo que me parece estar muy triste.

Maffio.—Siempre está así, señora. Me dispensaréis que lo haya traído sin que le hubiéseis hecho la gracia de invitarle. Es mi hermano de armas. Me ha salvado. 81 la vida en el asalto de Rímini; y en el ataque del puente de Vicenza recibí una estocada que le iba dirigida. No nos separamos nunca. Vivimos juntos. Un gitano nos ha predicho que moriríamos el mismo día.

La Negroni (*riendo*).—¿Os ha dicho si sería por la mañana ó por la noche?

Maffio.—Nos ha dicho que sería por la mañana.

La Negroni (*riendo más fuerte*).—Vuestro gitano no sabía lo que se decía. ¿Y le queréis vos mucho á ese joven?

Maffio.—Tanto como un hombre puede querer á otro.

La Negroni.—Vamos, os bastáis uno á otro. ¡Dichosos sois!

Maffio.—La amistad no llena todo el corazón, señora.

La Negroni.—¡Dios mío! ¿Qué es lo que llena todo el corazón?

Maffio.—El amor.

La Negroni.—Vos tenéis el amor en la boca.

Maffio.—Y vos en los ojos.

La Negroni.—¡Sois singular!

Maffio.—¡Y vos cuán bella sois!

(*La coge del talle.*)

La Negroni.—Señor conde Orsini, dejadme.

Maffio.—¿Un beso en vuestra mano?

La Negroni.—¡No!

(*Se le escapa.*)

Gubetta (*acercándose á Maffio*).—Vuestros asuntos con la princesa llevan buena marcha.

Maffio.—Me dice siempre que no.

Gubetta.—En boca de una mujer, *No* es el hermano mayor de *Sí*.

Jeppo (*llegando de pronto á Maffio*).—¿Qué te parece la Princesa Negroni?

Maffio.—Adorable. Aquí, para entre nosotros, comienza á interesarme vivamente.

Jeppo.—¿Y su cena?

p. 82

Maffio.—Una orgía perfecta.

Jeppo.—La princesa está viuda.

Maffio.—¡Bien se conoce por su alegría!

Jeppo.—Espero que ya no desconfiarás de su cena.

Maffio.—¡Yo! de ningún modo; estaba loco.

Jeppo (*á Gubetta*).—Señor de Belverana, ¿creeréis que Maffio temía venir á cenar con la princesa?

Gubetta.—¿Por qué?

Jeppo.—Porque el palacio Negroni está contiguo al de los Borgias.

Gubetta.—¡Al diablo los Borgias y bebamos!

Jeppo (*en voz baja á Maffio*).—Lo que me place en ese Belverana es que no aprecia á los Borgias.

Maffio (*en voz baja*).—En efecto, no deja nunca de enviarlos al diablo con una gracia particular; pero, amigo Jeppo...

Jeppo.—¿Y bien?

Maffio.—Le observo desde que comenzó la cena, y me parece extraño que no haya bebido aún más que agua.

Jeppo.—¡Vamos! ya vuelves á concebir sospechas, amigo mío; tienes un vino muy monótono.

Maffio.—Tal vez tengas razón, estoy loco.

Gubetta (*volviendo y mirando á Maffio de pies á cabeza*).—¿Sabéis, caballero, que estáis dotado de una complexión muy propia para vivir noventa años, y que por tal concepto os asemejáis mucho á un abuelo mío que alcanzó esta edad, y que se llamaba Gil-Basilio-Fernán-Ireneo-Frasco-Frasquito-Felipe, conde de Belverana?

Jeppo.—¡Vaya una letanía, señor de Belverana!

Gubetta.—¡Ah! nuestros padres acostumbraban á darnos más nombres de pila que escudos para casarnos. Pero... ¿quién ríe tanto allá abajo? (*Aparte.*) Será preciso que las mujeres tengan un pretexto para marcharse. ¿Cómo lo haremos?

(*Vuelve á sentarse á la mesa.*)

p. 83 Oloferno (*bebiendo*).—¡Vive el cielo, señores, que jamás pasé una noche tan deliciosa! Señoras, probad ese vino; es más dulce que el Lágrima Cristi, y más ardiente que el de Chipre. ¡Es vino de Siracusa, señores!

Gubetta (*comiendo*).—Oloferno está beodo, según parece.

Oloferno.—Señoras, será preciso que os recite algunos versos que acabo de componer. Quisiera ser más poeta de lo que soy para cantar tan admirables festines.

Gubetta.—Yo quisiera ser más rico de lo que soy para ofrecer otros á mis amigos.

Oloferno.—Nada es tan dulce como cantar una hermosa mujer y disfrutar de una buena comida.

Gubetta.—Ó lo que es mejor, abrazar á la una y consumir la otra.

Oloferno.—Sí, quisiera ser poeta para elevarme al cielo; quisiera tener alas...

Gubetta.—De faisán en mi plato.

Oloferno.—Voy á recitaros mi soneto.

Gubetta.—¡Voto al diablo! señor marqués de Vitellozzo, os dispense el soneto; dejadnos beber.

Oloferno.—¿Me dispensáis mi soneto?

Gubetta.—Sí, como á los perros de morderme, al Papa de bendecirme, y á los transeúntes de apedrearme.

Oloferno.—¡Vive Dios! creo que me insultáis, caballero español.

Gubetta.—No os insulto, gigantón italiano; pero no quiero oír vuestro soneto; mi gáznate necesita más el vino de Chipre que mis oídos la poesía.

Oloferno.—¡Pues os he de cortar las orejas para claváros las en los talones!

Gubetta.—¡Sois un belitre! ¡Habrás visto otro mostrenco igual, embriagado con vino de Siracusa, y que parece borracho de cerveza!

p. 84 Oloferno.—¡Por vida del diablo!... ¡os voy á descuartizar!

Gubetta (*trinchando un faisán*).—No os diré otro tanto, porque yo no trincho volátiles como vos... ¿señoras, gustáis de un poco de faisán?

Oloferno (*precipitándose para coger un cuchillo*).—¡Pardiez! ¡quiero abrir en canal á ese tunante, aunque sea más caballero que el emperador!

Las mujeres (*levantándose de la mesa*).—¡Cielos, van á batirse!

Los hombres.—¡Poco á poco, Oloferno!

(*Desarman á Oloferno, que quiere precipitarse sobre Gubetta, y entre tanto las mujeres desaparecen por la puerta lateral.*)

Oloferno (*forcejeando*).—¡Vive Dios!

Gubetta.—Rimáis tan bien con esa palabra, mi querido poeta, que habéis hecho huir á las damas. Sois un torpe.

Jeppo.—Eso es verdad. ¿Dónde diablos se habrán ido?

Maffio.—Habrán tenido miedo: cuchillo que reluce, mujer que huye.

Ascanio.—¡Bah! ya volverán.

Oloferno (*amenazando á Gubetta*).—¡Ya te encontraré mañana, Belverana del diablo!

Gubetta.—Mañana no hay inconveniente. (*Oloferno se sienta vacilante y con cólera; Gubetta suelta la carcajada.*) ¡Qué imbécil, hacer huir así á las más lindas mujeres de Ferrara con un cuchillo de mesa! ¡Enfadarse por los versos! ¡Ahora creo que tiene alas; ese Oloferno no es un hombre, sino un ganso!

Jeppo.—¡Haya paz, señores! Ya os cortaréis mañana el cuello como es debido; batíos al menos como caballeros, con espadas, y no con cuchillos.

Ascanio.—Á propósito, ¿qué hemos hecho de nuestras espadas?

p. 85 Apóstolo.—¿Olvidáis que nos han obligado á dejarlas en la antecámara?

Gubetta.—¡Y la precaución ha sido buena, pues de lo contrario nos habríamos batido delante de las damas, por lo cual se habrían sonrojado hasta los flamencos de Flandes, ebrios de tabaco!

Genaro.—¡Buena precaución, en efecto!

Maffio.—¡Pardiez, hermano Genaro, he aquí la primera palabra que pronuncias desde que comenzó la cena, y nunca bebes! ¿Piensas en Lucrecia Borgia? Decididamente tienes algún amorío con ella: no lo niegues.

Genaro.—¡Dame de beber, Maffio! No abandono á mis amigos ni en la mesa ni en el juego.

Un paje negro (*con dos frascos en la mano*).—Señores, ¿queréis vino de Chipre ó de Siracusa?

Maffio.—De Siracusa; es el mejor.

(*El paje negro llena las copas.*)

Jeppo.—¡Por vida de Oloferno! ¿No volverán esas damas? (*Se dirige sucesivamente á las dos puertas.*) ¡Están cerradas por fuera, señores!

Maffio.—¿Tendréis miedo á vuestra vez, Jeppo? No quieren que las persigamos. Es muy natural.

Genaro.—¡Bebamos, señores!

(*Se oye el choque de las copas.*)

Maffio.—¡Á tu salud, Genaro! Brindo por que halles pronto á tu madre.

Genaro.—¡Dios te oiga!

(*Todos beben, excepto Gubetta, que arroja el vino por encima del hombro.*)

Maffio (*en voz baja á Jeppo*).—Ahora sí que lo he visto, Jeppo.

Jeppo (*en voz baja*).—¿El qué?

Maffio.—Belverana no ha bebido.

Jeppo.—¡Cómo!

Maffio.—Le he visto arrojar el vino por encima del hombro.

p. 86 Jeppo.—Está ebrio, y tú también.

Maffio.—Es posible.

Gubetta.—¡Venga una canción báquica, señores! Voy á cantaros una que valdrá más que el soneto de Oloferno, y juro por el cráneo de mi padre que no la compuse yo, puesto que no soy poeta ni tengo bastante ingenio para hacer que dos rimas se besen

expresando una idea. He aquí mi canción, cuyo asunto es muy delicado, pues tiende á demostrar que el cielo pertenece á los borrachos.

Jeppo (*en voz baja á Maffio*).—Está más embriagado que borracho.

Todos (*excepto Genaro*).—¡La canción, la canción!

Gubetta (*cantando*):

Abre la puerta, San Pedro

al alegre bebedor,

que con voz robusta y fuerte

quiere cantar ¡*Gloria Domino!*

Todos (*á coro, excepto Genaro*).—¡*Gloria Domino!*

(*Chocan las copas, riendo á carcajadas. De repente se oyen voces lejanas que cantan con tono lúgubre.*)

Voces (*fuera*).—*Sanctum et terribile nomen ejus. Initium sapientiæ timor Domini.*

Jeppo (*riendo ruidosamente*).—¡Escuchad, señores! Mientras nosotros entonamos la canción báquica, el eco canta vísperas.

Todos.—¡Escuchemos!

Voces (*fuera, y un poco más próximas*).—*Nisi Dominus custodierit civitatem, frustra vigilat qui custodit eam.*

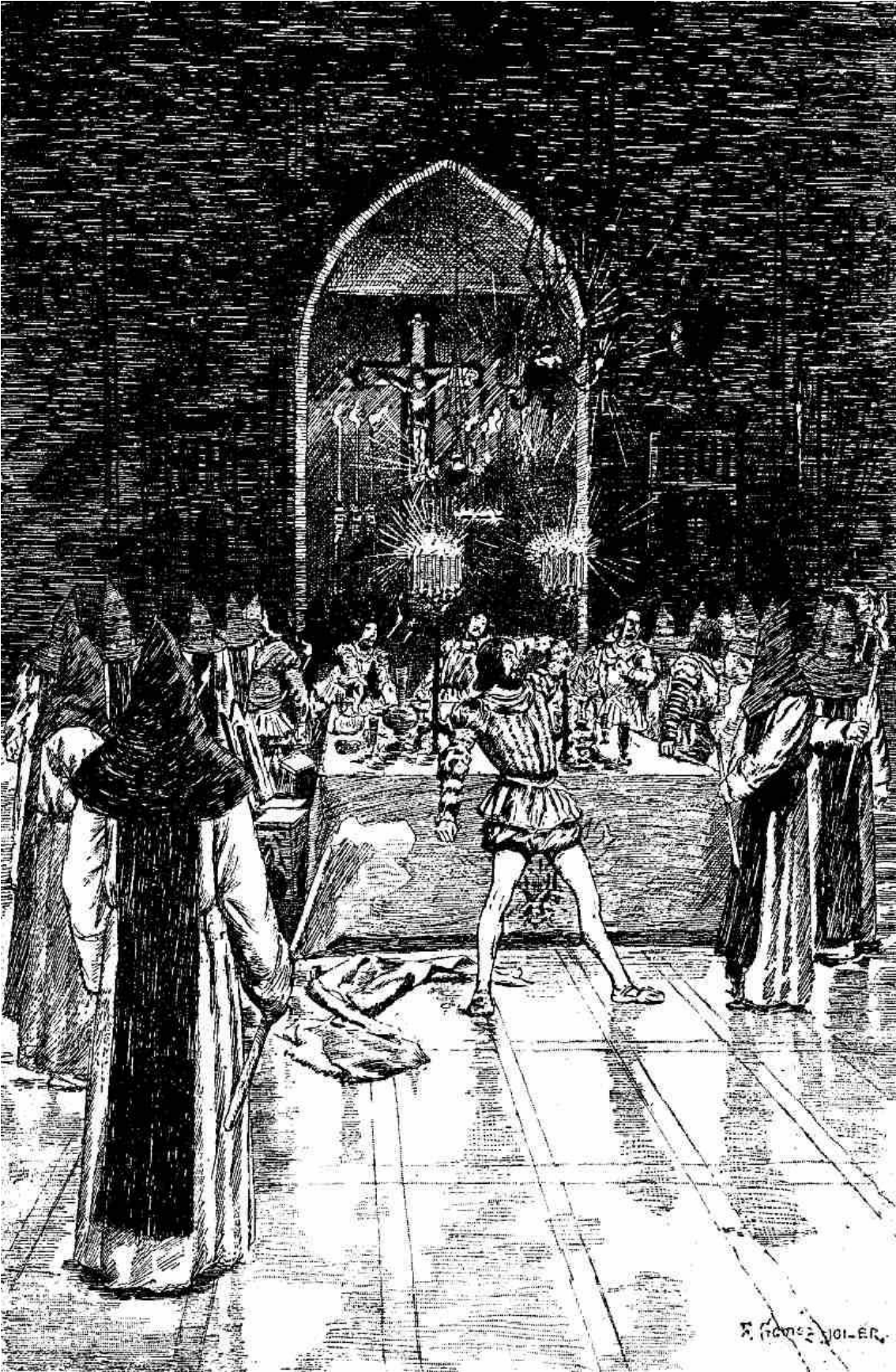
(*Todos ríen á carcajadas.*)

Jeppo.—Canto llano del más puro.

Maffio.—Alguna procesión que pasa.

Genaro.—¡Á media noche! Es un poco tarde.

Jeppo.—¡Bah! Continúad, caballero Belverana.



F. GONZALEZ VOILER.

Jeppo.—*¡Qué lazo tan espantoso!*

Voces (*fuera, y más próximas aún*).—*Oculos habent etp. 89 non videbunt. Nares habent et non odorabunt. Aures habent, et non audient.*

(*Todos ríen cada vez con más fuerza.*)

Jeppo.—*¡Serán chillones esos frailes!*

Maffio.—*¡Mira, Genaro! las lámparas se apagan aquí, y nos quedamos á oscuras.*

(*Las lámparas palidecen, como si les faltara el aceite.*)

Voces (*fuera y más cerca*).—*Manus habent et non palpabunt; pedes habent et non ambulabunt; non clamabunt in gutture suo.*

Genaro.—*Me parece que las voces se aproximan.*

Jeppo.—*Diríase que la procesión está ahora debajo de nuestras ventanas.*

Maffio.—*Son las oraciones de difuntos.*

Ascanio.—*Será algún entierro.*

Jeppo.—*Bebamos á la salud del que van á enterrar.*

Gubetta.—*¿Sabéis que no habrá más de uno?*

Jeppo.—*¡Pues bien, á la salud de todos!*

Apóstolo (*á Gubetta*).—*¡Bravo! continuemos por nuestra parte la invocación de San Pedro.*

Gubetta.—*Sed más cortés; se debe decir: al señor San Pedro, digno portero del paraíso.*

(*Canta.*)

Todos (*chocando sus copas y profiriendo carcajadas*):

¡Gloria Domino!

(*La gran puerta del fondo se abre silenciosamente de par en par y se ve fuera una inmensa sala tapizada de negro, iluminada por algunas antorchas y con una gran cruz de plata en el fondo. Una larga fila de penitentes, blancos y negros, á los que sólo se les ven los ojos por los agujeros de la capucha, avanza precedida de una cruz y llevando cada monje un cirio en la mano. Entran por la puerta grande cantando con acento lúgubre y en voz alta*):

¡De profundis clamavi ad te, Domine!

p. 90(*Se alinean silenciosamente en ambos lados de la sala, permaneciendo inmóviles como estatuas; mientras que los jóvenes caballeros los miran con estupor.*)

Maffio.—¿Qué quiere decir eso?

Jeppo (*esforzándose para reirse*).—Es una broma. Apuesto mi caballo contra un cerdo, y mi nombre de Liveretto contra el de Borgia, á que son nuestras encantadoras condesas las que se han disfrazado de ese modo para ponernos á prueba, y que si levantamos una de esas capuchas veremos debajo el lindo rostro de una hermosa mujer. Mirad. (*Levanta sonriendo una de las capuchas, y queda petrificado al ver el rostro lívido de un monje, que permanece inmóvil con el cirio en la mano y la vista baja. Deja caer la capucha y retrocede.*) ¡Esto comienza á ser extraño!

Maffio.—No sé por qué se me hiela la sangre en las venas.

Los penitentes (*cantando con voz sonora*).—*¡Conquassabit capita in terra multorum!*

Jeppo.—¡Qué lazo tan espantoso! ¡Nuestras espadas, vengan nuestras espadas! ¡Señores, aquí estamos en casa del demonio!

ESCENA II

Los mismos, LUCRECIA

Lucrecia (*apareciendo de repente, vestida de negro, en el umbral de la puerta*).—
¡Estáis en mi casa!

Todos (*excepto Genaro que observa desde un rincón, donde Lucrecia no le ve*).—
¡Lucrecia Borgia!

Lucrecia.—Hace pocos días, todos los que estáis aquí, pronunciabais mi nombre con expresión de triunfo, y hoy lo hacéis con espanto. Sí, ya podéis mirarme p. 91 con esos ojos atónitos por el terror; soy yo, señores, y vengo para deciros que todos estáis envenenados, y que á ninguno de vosotros le queda una hora de vida. No os mováis, porque la sala contigua está llena de soldados. ¡Á mi vez podré hablaros alto y pisaros la cabeza! ¡Jeppo Liveretto, vé á reunirte con tu tío Vitelli, á quien mandé dar de puñaladas en los subterráneos del Vaticano! ¡Ascanio Petrucci, vé á buscar á tu primo Pandolfo, á quien asesiné para robarle su palacio! ¡Oloferno Vitellozzo, tu tío te espera, ya sabes, Yago Appiani, á quien envenené en una fiesta! ¡Maffio Orsini, pronto podrás hablar de mí en el otro mundo á tu hermano el de Gravina, á quien mandé estrangular durante su sueño! ¡Apóstolo Gazella, yo hice decapitar á tu padre Francisco Gazella, y asesinar á tu primo Alfonso de Aragón, según tú dices: vé á

reunirte con ellos! Me obsequiasteis con un baile en Venecia, y os correspondo con una cena en Ferrara. ¡Fiesta por fiesta, señores!

Jeppo.—¡He aquí un triste despertar, Maffio!

Maffio.—¡Pensemos en Dios!

Lucrecia.—¡Ah, amiguitos míos del último carnaval, ya sé que no esperabais esto! Me parece que esto es vengarse bien. ¿Qué opináis, señores? Creo que no está del todo mal para una mujer. (*Á los monjes.*) Padres míos, conducid á esos caballeros á la sala contigua, que ya está preparada; confesadlos, y aprovechad los pocos instantes que les quedan para salvar en ellos lo que aún sea posible. Señores, aquellos que entre vosotros tengan alma, deben apresurarse. Estad tranquilos; esos dignos padres son monjes de San Sixto, á quienes el Padre santo ha permitido ayudarme en ocasiones como la presente. Y si me he cuidado de vuestras almas, advertid que no he olvidado los cuerpos. ¡Mirad! (*Á los monjes que están delante de la puerta del fondo.*) Apartad un poco para que estos señoresp. 92 vean. (*Los monjes se desvían, y entonces se ven cinco ataúdes, cubierto cada cual con un paño negro y alineados delante de la puerta.*) Ya lo veis, hay cinco. ¡Ah caballeros! ¡Arrancáis la piel á una desgraciada mujer, creyendo que ésta no se vengará! ¡Ved ahora vuestros ataúdes!

Genaro (*á quien no ha visto hasta entonces, da un paso*).—¡Se necesita otro, señora!

Lucrecia.—¡Cielos, Genaro!

Genaro.—El mismo.

Lucrecia.—Que todo el mundo salga de aquí y nos dejen solos... ¡Gubetta, suceda lo que quiera, y aunque se oiga algo de lo que ha de pasar aquí, que no éntre nadie!

Gubetta.—Está bien.

(*Los monjes salen procesionalmente, conduciendo entre sus filas á los cinco caballeros vacilantes y aturcidos.*)

ESCENA III

GENARO, LUCRECIA

(*Sólo iluminan la sala algunas lámparas moribundas, y se han cerrado las puertas. Lucrecia y Genaro, solos, se miran algunos instantes en silencio, como no sabiendo por dónde comenzar.*)

Lucrecia (*hablándose á sí misma*).—¡Es Genaro!

Canto de los monjes (*fuera*).—*Nisi Dominus ædificaverit domum, in vanum laborant qui ædificant eam.*

Lucrecia.—¡Otra vez vos, Genaro! ¡Habréis de estar siempre allí donde descargo mis golpes! ¡Santo cielo! ¿cómo os habéis mezclado en todo esto?

Genaro.—Lo sospechaba.

p. 93 Lucrecia.—¡Otra vez estáis envenenado, y vais á morir!

Genaro.—Si quiero... tengo el antídoto.

Lucrecia.—¡Ah! ¡Dios sea loado!

Genaro.—Una palabra, señora; vos sois experta en la materia, y podréis decirme si hay bastante elíxir en este frasquito para salvar á los caballeros que esos monjes conducen á la tumba.

Lucrecia (*examinando el frasco*).—¡Apenas hay bastante para vos, Genaro!

Genaro.—¿No podéis obtener más al punto?

Lucrecia.—Os he dado cuanto tenía.

Genaro.—Está bien.

Lucrecia.—¿Qué hacéis, Genaro? Despachad; no juguéis con cosas tan terribles, pues nunca se bebe á tiempo un contra-veneno. ¡Apuradlo, en nombre de Dios! ¡Qué imprudencia habéis cometido! Asegurad vuestra vida, y yo os facilitaré la salida de palacio por una puerta oculta que conozco. Todo se puede remediar aún; es de noche; muy pronto tendré dos caballos ensillados, y mañana á primera hora estaréis lejos de Ferrara. ¿No es verdad que suceden cosas terribles? ¡Bebed y marchemos; es preciso vivir; es forzoso salvaros!

Genaro (*tomando un cuchillo de la mesa*).—¡No; ahora vais á morir, señora!

Lucrecia.—¡Cómo! ¿Qué decís?

Genaro.—Digo que acabáis de envenenar traidoramente á cinco caballeros, que eran mis mejores amigos, contándose entre ellos Maffio Orsini, mi hermano de armas, que me salvó la vida una vez, y á quien debo vengar, porque las injurias que recibimos son comunes. Digo que habéis cometido un acto infame; que debo vengar á Maffio y á los demás, y que vais á morir.

Lucrecia.—¡Cielos!

p. 94 Genaro.—Rezad vuestra última oración, y que sea corta, señora, porque estoy envenenado y no puedo esperar.

Lucrecia.—¡Bah! eso no puede ser. ¡Genaro matarme á mí! ¿Sería posible?

Genaro.—Es la pura verdad, señora, y juro por Dios que en vuestro lugar ya estaría orando de rodillas... Ahí tenéis un sillón que os servirá para el caso.

Lucrecia.—No; os digo que es imposible. Entre las más terribles ideas que cruzan mi espíritu, jamás me había ocurrido esta... ¡Pues bien, ya que levantas el cuchillo, espera, Genaro! Debo decirte alguna cosa.

Genaro.—Pronto.

Lucrecia.—¡Deja ese cuchillo, desgraciado, arrójale! ¡Si tú supieras... Genaro! ¿Sabes quién eres, y quién soy? Tú ignoras hasta qué punto me perteneces. ¿Será preciso decirlo todo? La misma sangre circula por nuestras venas, Genaro; ¡tu padre fué Juan Borgia, duque de Gandía!

Genaro.—¡Vuestro hermano! ¡Conque sois mi tía! ¡Ah, señora!

Lucrecia (*aparte*).—¡Su tía!

Genaro.—¡Ah! soy vuestro sobrino. ¡Ah! ¡mi madre fué esa infeliz duquesa de Gandía á quien todos los Borgia hicieron tan desgraciada! Señora, mi madre se refería á vos en sus cartas; sois una de aquellas parientas desnaturalizadas de quien me hablaba con horror, que mató á mi padre, y que hizo llorar lágrimas de sangre á su esposa. ¡Ah! ¡ahora debo vengarlos á los dos! ¡Conque sois mi tía y yo un Borgia! ¡Es lo bastante para volverme loco! Escuchadme; habéis vivido demasiado tiempo, y estáis tan cargada de crímenes, que debéis haber llegado á ser odiosa y abominable para vos misma; sin duda estaréis cansada de vivir, y será preciso acabar de una vez. En las familias como las nuestras, en las que el crimen p. 95 es hereditario y se transmite de padre á hijo como el nombre, siempre sucede que esta fatalidad termina por un asesinato, de ordinario en la misma familia, último crimen que lava todos los demás. Jamás se censuró á un caballero por haber cortado una mala rama del árbol de su casa. El español Mudarra mató á su tío, Rodrigo de Lara, por menos de lo que habéis hecho, y todos elogiaron su acto. ¿Me comprendéis, tía mía? ¡Vaya pues, ya hemos hablado bastante! ¡Recomendad vuestra alma á Dios, si creéis en Dios y en vuestra alma!

Lucrecia.—¡Genaro, por piedad para ti! Aún eres inocente. ¡No cometas tal crimen!

Genaro.—¡Un crimen! ¡Oh! mi tía se trastorna. ¡Será esto un crimen! ¡Pues bien! aunque le cometa, soy un Borgia, y nada tiene de particular. ¡De rodillas os digo, tía, de rodillas!

Lucrecia.—¿Dices verdaderamente lo que piensas, Genaro? ¿Es así cómo pagas el amor que te profeso?

Genaro.—¡Amor!...

Lucrecia.—Es imposible. Quiero salvarte; llamaré, gritaré...

Genaro.—No abridéis esa puerta, ni tampoco daréis un paso; y en cuanto á vuestros gritos, no os salvarán. ¿No acabáis de ordenar vos misma que no éntre nadie, oigan lo que quieran de lo que ha de pasar aquí?

Lucrecia.—¡Pero eso es una cobardía, Genaro! ¡Matar á una mujer indefensa! ¡Oh, los sentimientos de tu alma son más nobles! Escúchame; me matarás después si quieres, pues no me importa la vida; pero es preciso que mi pecho se desahogue, porque está lleno de angustia por tu proceder. Tú eres un niño, y la juventud es siempre demasiado severa. ¡Oh! si he de morir, no quiero que sea de tu mano; no sabes hasta qué punto esto sería horrible. Por otra parte, Genaro, mi hora no ha llegado aún. Cierto que he cometido 96 muchas maldades, y que soy una gran criminal; mas por lo mismo se me debe dejar tiempo para reconocerlo y arrepentirme. Es indispensable, ¿lo oyes, Genaro?

Genaro.—Sois mi tía; sois la hermana de mi padre. ¿Qué habéis hecho de mi madre?

Lucrecia.—¡Espera, espera! Dios mío, no me es posible decirlo todo; y aunque te lo dijese, tal vez fuera sólo para redoblar tu horror y tu desprecio. ¡Escúchame un instante... yo deseo que me recibas arrepentida á tus pies! Tú me perdonarás ¿no es cierto? Pues bien, ¿quieres que me retire á un claustro y me encierre para toda la vida? Si te dijese: «Esa desgraciada mujer se ha hecho rasar el cabello, duerme sobre la ceniza, socava su propia fosa con las manos, y ruega á Dios noche y día para que dejes caer sobre ella una mirada de misericordia, para que viertas una lágrima sobre todas las llagas vivas de su corazón y de su alma, y para que no le digas más, como acabas de hacerlo, con esa voz tan severa como la del juicio final: “¡Vos sois Lucrecia Borgia!”». Si te dijeran todo esto, Genaro, ¿tendrías corazón para rechazarla? ¡Gracia, Genaro! Vivamos los dos, tú para perdonarme, y yo para arrepentirme. ¡Compadécete de mí! No has de tratar sin misericordia á una pobre mujer que sólo pide un poco de piedad. ¡Perdóname la vida!... Te lo digo, Genaro, por ti, porque tu acto sería verdaderamente cobarde, y además un crimen espantoso, un asesinato. ¡Un hombre matar á una mujer! ¡Oh, tú no harás eso!

Genaro (*vacilante*).—¡Señora!...

Lucrecia.—¡Oh! ¡ya lo veo, me perdonas! Me parece leerlo en tus ojos. ¡Déjame llorar á tus pies!

Una voz (*fuera*).—¡Genaro!

Genaro.—¿Quién me llama?

La voz.—¡Hermano Genaro!

p. 97

Genaro.—¡Es Maffio!

La voz.—¡Genaro, me muero, véngame!

Genaro (*levantando el cuchillo*).—Está dicho. Ya no escucho nada. ¡Señora, es preciso morir!

Lucrecia (*deteniéndole el brazo*).—¡Perdón! ¡Escúchame!

Genaro.—¡No!

Lucrecia.—¡En nombre del cielo!

Genaro.—¡No!

(*La hiere.*)

Lucrecia.—¡Ah!... ¡me has muerto! ¡Genaro, soy tu madre!



p. 99

María Tudor

Drama en 3 jornadas, con un prefacio del autor

p. 101



Prefacio

D

os maneras hay de apasionar á la multitud en el teatro: por lo grande y por lo verdadero; lo grande influye en las masas; lo verdadero en el individuo.

El objeto del poeta dramático, cualquiera que fuere el conjunto de sus ideas sobre el arte, debe ser siempre, ante todo, buscar lo grande, como Corneille, ó lo verdadero, como Molière, ó lo que sería mejor, alcanzar á la vez ambas cosas, lo grande en lo verdadero y lo verdadero en lo grande, como Shakespeare.

Porque, observémoslo de paso, á Shakespeare le fué dado, y á esto debió la soberanía de su genio, conciliar, unir y amalgamar de continuo en su obra esas dos cualidades, la verdad y la grandeza, cualidades casi contrarias, ó por lo menos tan diferentes, que la falta de cada una de ellas constituye lo inverso de la otra. El escollo de lo verdadero es lo pequeño; el escollo de lo grande es lo falso. En todas las obras de Shakespeare hay algo grande que es verdadero y viceversa; en el centro de todas sus creaciones se encuentra el punto de intersección de lo grandioso y de lo verdadero; y allí donde se cruzan las cosas grandes y las verdaderas, el arte es completo. p. 102 Shakespeare, así como Miguel Ángel, parece haber sido creado para resolver este problema extraño, cuya simple enunciación parece absurda:— mantenerse siempre en la naturaleza, saliendo de ella algunas veces.— Shakespeare exagera las proporciones, pero conserva la relación. ¡Admirable omnipotencia del poeta! Hace cosas más elevadas que nosotros, que viven como nosotros. Hamlet, por ejemplo, es tan verdadero como cualquiera de nosotros, y más grande; Hamlet es colosal, y sin embargo, verdadero; Hamlet no es como uno de vosotros ó como yo; es como todos; Hamlet no es un hombre, es el hombre.

Separar continuamente lo grande á través de lo verdadero, y esto á través de aquello, es, según el autor de este drama, el objeto del poeta en el teatro, manteniendo todas las demás ideas que ha podido desarrollar sobre estas materias. En dos palabras, lo *grande* y lo *verdadero* lo encierran todo; la verdad contiene la moralidad; en lo grandioso está lo bello.

Nadie supondrá que el autor haya tenido la presunción de creer que jamás alcanzó ese objeto, ni que podrá alcanzarla nunca; pero se le permitirá declarar públicamente que jamás buscó otro en el teatro hasta hoy día. El nuevo drama que ha hecho representar es un esfuerzo más hacia ese brillante fin. ¿Cuál es, en efecto, la idea que ha tratado de realizar en *María Tudor*? Hela aquí: una reina que sea mujer; grande como soberana, verdadera como mujer.

El autor lo ha dicho ya en otra parte: el drama, tal como le comprende, el drama, tal como quisiera verle creado por un hombre de genio, el drama según el siglo XIX, no es la tragicomedia altiva, desmesurada, española y sublime de Corneille; no es la tragedia abstracta, amorosa, ideal y divinamente elegíaca de Racine; no es la comedia profunda, sagaz, penetrante y demasiado irónica de Molière; no es la tragedia de intención filosófica de Voltaire; no es la comedia de acción revolucionaria de Beaumarchais; no es más que todo eso, pero lo es todo á la vez; ó mejor dicho, no es nada de eso. No es, como en los grandes hombres que acabamos de citar, un solo lado de las cosas, sistemático y continuamente sacado á luz; es el conjunto considerado á la vez bajo todas sus fases. Si hubiera hoy un hombre que pudiese realizar el drama tal como le comprendemos, este drama sería el corazón humano, p. 103 la cabeza humana, la pasión humana, la voluntad humana; sería el pasado resucitado en provecho del presente; sería la historia que nuestros padres hicieron, confrontada con la que nosotros hacemos; sería mezclar en la escena todo lo que se mezcla en la vida; sería un motín allá y un diálogo de amor aquí; en este último una lección para el pueblo, y en el otro un grito para el corazón; sería la risa, y también las lágrimas; sería el bien, el mal, lo superior, lo inferior, la fatalidad, la providencia, el genio, la casualidad, la sociedad, el mundo, la naturaleza, la vida; y algo grande cerniéndose sobre todo esto.

Á este drama, que constituiría para la multitud una enseñanza perpetua, le sería permitido todo, porque estaría en su esencia no abusar de nada. Llegaría á ser tan notorio por su lealtad, elevación, utilidad y recta conciencia, que no se le acusaría nunca de buscar el efecto y el ruido allí donde sólo hubiera deseado obtener una lección moral. Podría llevar á Francisco I á casa de Magalona sin hacerse sospechoso; producir en el corazón de Didier un sentimiento compasivo para Marion; y sin que se le tachase de enfático y exagerado, como al autor de *María Tudor*,

presentar ampliamente en la escena, con toda su terrible realidad, ese formidable triángulo que tan á menudo aparece en la historia: una reina, un valido y un verdugo.

El hombre que crease este drama debería tener dos cualidades: conciencia y genio. El autor que habla aquí, sabe ya que sólo tiene la primera; mas no por eso dejará de continuar lo que ha comenzado, deseando que otros lo hagan mejor. Hoy día, un numeroso público, cada vez más inteligente, acoge con favor todas las tentativas formales del arte; y todo lo que ahora hay de elevado en la crítica ayuda y estimula al poeta. ¡Venga, pues, el poeta! En cuanto al autor de este drama, seguro del porvenir, que progresa, y de que, á falta de talento, se le tendrá algún día en cuenta su perseverancia, fija una mirada serena, confiada y tranquila en la multitud que todas las noches dispensa aún á esta obra incompleta tanta curiosidad, interés y atención. Ante esa multitud comprende la responsabilidad que sobre él pesa, y acéptala tranquilo. Jamás pierde un instante de vista en sus trabajos al pueblo que el teatro civiliza, la historia que el teatro explica, y el corazón humano que el teatro aconseja. Mañana dejaráp. 104 la obra terminada por la que se ha de hacer; y saldrá de esa multitud para retirarse á su soledad, soledad profunda donde no llega ninguna influencia perniciosa del mundo exterior; donde la juventud, su amiga, se presenta algunas veces para estrecharle la mano, donde está solo con su pensamiento, su independencia y su voluntad. La soledad le será más que nunca grata, porque sólo en ella se puede trabajar para la multitud; y más que nunca tendrá su espíritu, su obra y su pensamiento alejados de toda camarilla, pues conoce algo más grande que ésta: los partidos; algo más grande que los partidos: el pueblo; y algo superior al pueblo: la humanidad.

17 Noviembre 1833.

p. 105

María Tudor

p. 106

PERSONAJES

-
- MARÍA, reina.
 - JUANA.

- GILBERTO.
- FABIANO FABIANI.
- SIMÓN RENARD.
- JOSHUA FARNABY.
- UN JUDÍO.
- LORD CLINTON.
- LORD CHANDOS.
- LORD MONTAGU.
- MAESE ENEAS DULVERTON.
- LORD GARDINER.
- UN CARCELERO.
- CABALLEROS, PAJES, GUARDIAS, EL VERDUGO.

Londres, 1553.

p. 107



JORNADA PRIMERA

EL HOMBRE DEL PUEBLO

Playa desierta á orillas del Támesis, en parte oculta por un antiguo parapeto ruinoso. Á la derecha una casa de mísero aspecto, en uno de cuyos ángulos se ve una pequeña estatua de la Virgen, iluminada por una mecha de estopa que arde en un enrejado de hierro. En el fondo, más allá del Támesis, la ciudad. Divísanse dos altos edificios, la Torre de Londres y la Abadía de Westminster.—El día comienza á declinar.

p. 108 PERSONAJES

- GILBERTO.
- FABIANO FABIANI.
- SIMÓN RENARD.
- LORD CHANDOS.
- LORD CLINTON.
- LORD MONTAGU.
- JOSHUA FARNABY.
- JUANA.
- UN JUDÍO.

ESCENA I

Varios hombres agrupados acá y allá en la playa, entre los cuales se hallan SIMÓN RENARD; JUAN BRIDGES, barón de CHANDOS; ROBERTO CLINTON, barón de CLINTON, y ANTONIO BROWN, vizconde de MONTAGU

Lord Chandos.—Tenéis razón, milord; es preciso que ese condenado italiano haya hechizado á la reina, porque ésta no puede prescindir de él; sólo por él vive, no está alegre sino en su presencia, y sólo á él escucha. Si pasa un día sin verle, sus ojos languidecen, como en aquel tiempo en que amaba al cardenal Polus. ¿Os acordáis?

Simón Renard.—Muy enamorada está ciertamente, y por lo tanto muy celosa.

Lord Chandos.—¡Ese italiano la tiene hechizada!

Lord Montagu.—Á decir verdad, asegúrase que los de su nación tienen filtros para ese objeto.

Lord Clinton.—Los árabes saben confeccionar sutiles venenos que matan, y los italianos conocen los que hacen amar.

Lord Chandos.—La reina está enamorada y enferma á la vez; debe haber bebido las dos clases de veneno.

p. 109 Lord Montagu.—¿Pero es ese hombre realmente italiano?

Lord Chandos.—Parece haber nacido en Italia; pero pretende tener relaciones de parentesco con una distinguida familia española.

Lord Clinton.—Es un aventurero, de no sé qué país. Esos hombres que son cosmopolitas no tienen compasión en ninguna parte cuando llegan al poder.

Lord Montagu.—¿No decíais que la reina está enferma, Chandos? esto no le impide vivir alegremente con su valido.

Lord Clinton.—¡Alegremente! Mientras que la reina ríe, el pueblo llora y el favorito se enriquece; ese hombre come plata y bebe oro. La reina le ha cedido los bienes del gran lord Talbot, le ha hecho conde de Clanbrassil y barón de Dinasmonddy. Como si esto no bastara, el tal Fabiano Fabiani es también par de Inglaterra, como vos, Montagu, como vos, Chandos, como Stanley, Norfolk y yo, y como el rey. Tiene la orden de la Jarretera, lo mismo que el infante de Portugal, el rey de Dinamarca y Tomás Percy, séptimo conde de Northumberland. ¡Y qué duro es ese tirano que nos gobierna desde su lecho! Nunca pesó otro semejante sobre Inglaterra. ¡Y eso que he visto muchos déspotas, pues ya soy viejo! Setenta horcas hay en Tyburn; y el hacha del verdugo, afilada por las mañanas, se mella todas las noches. Cada día se inmola á algún caballero; anteayer fué Blantyre; ayer le tocó el turno á Northcurry, hoy á South-Reppo, y mañana á Tyrconnel. La semana próxima os llegará el turno, Chandos, y el mes entrante seré yo la víctima. ¡Señores, señores, es una vergüenza y una iniquidad que tantas cabezas inglesas caigan por el capricho de no sé qué miserable aventurero, que no es hijo de nuestro país! ¡Es insoportable y espantoso que un favorito napolitano pueda sacar tantos tajos como quierep. 110 de la habitación de esa reina! Los dos viven alegremente, según decís; mas ¡vive el cielo que esto es una infamia! ¡Ah! ¡los dos enamorados se divierten, mientras que el verdugo, siempre á su puerta, hace viudas y huérfanos! ¡Oh! ¡Su guitarra italiana va demasiado acompañada del ruido de las cadenas! ¡Señora reina, hacéis venir cantantes de la capilla de Avignon, y todos los días se representan en vuestro palacio comedias, y los estrados están llenos de músicos! ¡Pardiez, señora, menos alegría en vuestra casa, si os place, y menos duelo entre nosotros; menos víctimas aquí y menos verdugos allá; menos tumbas en Westminster, y no tantos cadalsos en Tyburn!

Lord Montagu.—Cuidado con lo que decís, porque nosotros somos súbditos leales. Hablad cuanto queráis de Fabiani; mas no de la reina.

Simón Renard (*poniendo la mano en el hombro de lord Clinton*).—¡Paciencia!

Lord Clinton.—¡Paciencia! Fácil es decir eso, señor Simón Renard. Sois baile de Amont en el Franco Condado, súbdito del Emperador, y su legado en Londres; representáis aquí al príncipe de España, futuro esposo de la reina, y vuestra persona es sagrada para el favorito; pero tratándose de nosotros, es otra cosa. Fabiani es para vos el pastor, y para nosotros el verdugo.

(*Ha cerrado la noche.*)

Simón Renard.—Ese hombre no me molesta menos que á vosotros, pues si teméis por vuestra vida, yo temo por mi honor, que es mucho más. No hablo, pero obro; no me anima tanta cólera como á vos, milord; mas en cambio, mi odio excede al vuestro. Yo aniquilaré al favorito.

Lord Montagu.—¡Oh! ¿cómo hacerlo? Todos los días pienso en ello.

Simón Renard.—No se hacen ni deshacen de día los favoritos de la reina, sino de noche.

p. 111 Lord Chandos.—La de hoy es bien negra y pavorosa.

Simón Renard.—Á mí me parece magnífica para lo que trato de hacer.

Lord Chandos.—¿Qué es ello?

Simón Renard.—Ya lo veréis... Milord Chandos, cuando una mujer reina, el capricho gobierna; entonces, la política no es ya cuestión de cálculo, sino de casualidad; no se puede contar sobre nada, y el día de hoy no trae lógicamente el de mañana. Los negocios no se juegan ya al ajedrez, sino á los naipes.

Lord Clinton.—Todo eso está muy bien; pero vamos al hecho. Señor baile, ¿cuándo nos entregaréis al favorito? Es cosa urgente, porque mañana decapitan á Tyrconnel.

Simón Renard.—Si encuentro esta noche un hombre como el que busco, Tyrconnel cenará con vos mañana.

Lord Clinton.—¿Qué queréis decir? ¿Qué sucederá con Fabiani?

Simón Renard.—¿Tenéis buena vista, milord?

Lord Clinton.—Sí, aunque sea viejo y la noche esté negra, veo bastante.

Simón Renard.—¿Divisáis la ciudad de Londres al otro lado del río?

Lord Clinton.—Sí. ¿Por qué?

Simón Renard.—Mirad bien. Desde aquí se ve la subida y la bajada de todo favorito: Westminster y la Torre de Londres.

Lord Clinton.—¿Y bien?

Simón Renard.—Si Dios me ayuda, en este momento hay allí un hombre... (*Señala la abadía de Westminster.*) que mañana á la misma hora estará aquí.

(*Señala la Torre.*)

Lord Clinton.—¡Que el Señor os preste su ayuda!

Lord Montagu.—El pueblo no le odia menos quep. 112 nosotros. ¡Qué fiesta habrá en Londres el día de su caída!

Lord Chandos.—Nos hemos puesto en vuestras manos, señor baile, y por lo tanto disponed de nosotros. ¿Qué se ha de hacer?

Simón Renard (*mostrando la casa situada junto á la orilla*).—¿Veis todos esa casa? Es la de Gilberto, el cincelador; no la perdáis de vista, y dispersaos con vuestra gente, aunque sin alejaros mucho. Sobre todo, no hagáis nada sin mí.

Lord Chandos.—Está bien.

(*Todos se alejan por diversos lados.*)

Simón Renard (*solo*).—No es fácil encontrar un hombre como el que necesito.

(*Vase. Llegan Juana y Gilberto cogidos del brazo y se dirigen hacia la casa; acompañaales Joshua Farnaby, embozado en su capa.*)

ESCENA II

JUANA, GILBERTO y JOSHUA FARNABY

Joshua.—Aquí os dejo, amigos míos, porque ya es de noche y he de ir á prestar mi servicio en la Torre de Londres. ¡Ah! yo no estoy libre como vosotros; el carcelero no es más que una especie de preso. Vamos, adiós, Juana, adiós, Gilberto; me alegro mucho de que seáis felices. ¡Ah! dime tú, Gilberto, ¿cuándo es la boda?

Gilberto.—De aquí á ocho días. ¿No es verdad, Juana?

Joshua.—Ahora recuerdo que pasado mañana es Navidad, día de felicitaciones; pero yo no tengo ninguna que daros, puesto que es imposible desear más bellezap. 113 en la novia y más amor en el novio. ¡Sois dichosos!

Gilberto.—¿No lo eres tú también, buen Joshua?

Joshua.—Ni feliz ni desgraciado, pues renuncié á todo hace tiempo. (*Entreabre su capa y deja ver un manojo de llaves que pende de su cintura.*) He aquí, Gilberto, algunas llaves de la prisión, cuyo sonido me acompaña de continuo, induciéndome á muchas reflexiones filosóficas. Cuando joven, era como los demás; estaba enamorado un día, acosábame la ambición durante un mes, y la locura todo el año. Era en tiempo de Enrique VIII, rey verdaderamente singular, rey que cambiaba de mujeres como éstas de vestidos; repudió á la primera, mandó cortar la cabeza á la segunda, dispuso que abrieran el vientre á la tercera; perdonó á la cuarta, aunque expulsándola; pero en cambio ordenó que decapitaran á la quinta. No creáis que os refiero el cuento de Barba-Azul, porque es la verdadera historia de Enrique VIII. En aquel tiempo ocupábame en la guerra y en cuestiones de religión, batiéndome por una y por otra; y eso era lo mejor que se podía hacer entonces, aunque el asunto era espinoso. Tratábase de ir en favor ó en contra del papa; la gente del rey ahorcaba á los que no le defendían; pero quemaban á cuantos se declaraban en contra; y la misma suerte sufrían los indiferentes, es decir los que no estaban por el rey ni por el papa. Cada cual salía del paso como podía, hallándose amenazado siempre por la cuerda ó la hoguera. Á mí me han chamuscado más de cuatro veces, y creo que me descolgaron de la horca dos ó tres un momento antes de efectuarse la ejecución. ¡Buen tiempo era aquel, poco más ó menos como éste! Sí, yo me batía por todo eso; pero lléveme el diablo si sé ahora por qué y para qué me batía. Cuando me hablan del maestro Lutero y del papa Pablo III me encojo de hombros. Mira, Gilberto, cuando se tiene el cabello gris no se deben profesar las opiniones. 114 por las cuales nos batíamos antes, ni tratar á las mujeres á quienes se hacía el amor á los veinte años, pues unas y otras parecen ya muy feas y viejas, raquíticas, llenas de arrugas y estúpidas. Esa es mi historia. Ya me he retirado de los negocios, y ya no soy soldado del rey ni del papa, sino carcelero de la Torre de Londres; no me bato por nadie, y encierro bajo llave á todo el mundo. Carcelero y viejo, tengo un pie en la prisión y el otro en la fosa. Yo soy quien recoge los restos de todos los ministros y favoritos que se prenden en palacio, lo cual es muy divertido. Además tengo un hijo á quien amo mucho, y vosotros dos, que merecéis todo mi cariño. Si sois felices, ya estoy contento.

Gilberto.—En tal caso, sé dichoso, Joshua.

Joshua.—Yo no puedo hacer nada por tu felicidad; pero Juana lo hará todo, porque la amas; y tampoco me será dado prestarte ningún servicio en mi vida, porque felizmente no eres bastante gran señor para necesitar nunca al llavero de la Torre de Londres. Juana pagará mi deuda al mismo tiempo que la suya, pues ella y yo te lo

debemos todo; tú la recogiste y educaste cuando era una pobre niña huérfana y abandonada; y á mí me salvaste un día que me ahogaba en el Támesis.

Gilberto.—¿Á qué hablar siempre de eso, Joshua?

Joshua.—Para decirte que nuestro deber es amarte, yo como un hermano, y ella... como otra cosa.

Juana.—Como una esposa fiel; ya comprendo, Joshua.

(Entrégase á una profunda meditación.)

Gilberto *(en voz baja á Joshua)*.—¡Mírala, Joshua! ¿No te parece que es hermosa y encantadora, y digna de un rey? No puedes imaginar cuánto la amo.

Joshua.—¡Cuidado! es imprudente amar tanto á una mujer. Tratándose de un niño, es otra cosa.

Gilberto.—¿Qué quieres decir?

p. 115 Joshua.—Nada... De aquí á ocho días asistiré á vuestra boda. Espero que entonces me dejarán alguna libertad los asuntos del Estado, y que todo se acabará.

Gilberto.—¿Qué se acabará?

Joshua.—¡Ah! tú no debes ocuparte de estas cosas, porque estás enamorado. Tú eres del pueblo, y poco pueden importarte las intrigas de altas regiones, siendo tan feliz aquí abajo; pero puesto que me preguntas, te diré que se espera que de aquí á ocho días, ó tal vez dentro de veinticuatro horas, Fabiano Fabiani será sustituido por otro cerca de la reina.

Gilberto.—¿Quién es ese Fabiano Fabiani?

Joshua.—Es el amante de la reina, un favorito muy célebre y encantador, un favorito que tarda menos en hacer cortar la cabeza á un hombre, cuando le desagrada, que un burgomaestre flamenco en comerse una cucharada de sopa; es el mejor favorito que el verdugo de la Torre de Londres ha tenido hace diez años, pues ya sabes que el ejecutor recibe por cada cabeza de noble diez escudos de plata, y á veces cuarenta, si la cabeza es de importancia. Se desea mucho la caída de ese Fabiani, aunque á decir verdad, en mis funciones de carcelero sólo oigo hablar de él á los descontentos, á hombres á quienes se ha de cortar la cabeza dentro de un mes.

Gilberto.—¡Devórense los lobos entre sí! ¿Qué nos importan á nosotros la reina y su favorito? ¿No es verdad, Juana?

Joshua.—¡Oh! se está fraguando una tremenda conspiración contra Fabiani, y no tendrá poca suerte si sale bien de ella. No extrañaría que se intentase algún golpe esta noche, pues acabo de ver á maese Simón Renard rondando por ahí y muy meditabundo.

Gilberto.—¿Quién es ese Simón Renard?

Joshua.—¡Cómo! ¿no lo sabes? Es el brazo derecho del emperador en Londres. La reina debe casarse conp. 116 el príncipe de España, cuyo representante es Simón Renard; la soberana le odia, pero le teme, y nada puede contra él. Ha destronado ya dos ó tres favoritos, pues su instinto le induce á dar en tierra con todos, y por esto hace una limpia en palacio de vez en cuando. Simón Renard es hombre muy sagaz y malicioso, que sabe cuanto pasa, y que socava siempre las intrigas subterráneas en todos los acontecimientos. En cuanto á lord Paget... ¿no me has preguntado también quién era? Pues te diré que es un caballero muy audaz, que ha entendido en los negocios en tiempo de Enrique VIII; es individuo del Consejo secreto, y tiene tal ascendiente, que los demás ministros no osan decir palabra delante de él, exceptuando, no obstante, el canciller, milord Gardiner, que le aborrece. Este lord Gardiner tiene un carácter muy violento, pero es de muy buena cuna; mientras que Paget tuvo por padre á un zapatero. Paget obtendrá muy pronto el título de barón de Beaudesert en Stafford.

Gilberto.—¡Qué enterado está Joshua de todas estas cosas!

Joshua.—¡Pardiez! de algo sirve oír hablar á los prisioneros de Estado. (*Simón Renard aparece en el fondo del teatro.*) Te aseguro, Gilberto, que el hombre que mejor sabe la historia de estos tiempos es el carcelero de la Torre de Londres.

Simón Renard (*que ha oído las últimas palabras*).—Os engañáis, maese, es el verdugo.

Joshua (*en voz baja á Juana y á Gilberto*).—Retirémonos un poco. (*Simón Renard se aleja lentamente, desapareciendo después.*) Ahí tenéis á Simón Renard.

Gilberto.—No me gustan esos hombres que rondan alrededor de mi casa.

Joshua.—¿Qué diablos buscará por aquí? Bueno será marcharme pronto, pues tal vez me prepare algún trabajo. ¡Adiós, Gilberto, adiós, hermosa Juana!

p. 117Gilberto.—¡Adiós, Joshua!... Pero dime ¿qué llevas oculto debajo de la capa?

Joshua.—¡Ah! yo también tengo mi complot.

Gilberto.—¿Qué complot?

Joshua.—Vosotros los enamorados lo olvidáis todo. Acabo de recordaros que pasado mañana es día de Navidad. Los señores preparan una sorpresa á Fabiani, y yo conspiro por mi cuenta. La reina tendrá tal vez un favorito nuevo, y yo voy á dar una muñeca á mi niña. (*Saca una muñeca que lleva debajo de la capa.*) También es nueva; veremos cuál dura más, si el favorito ó ella. ¡Dios os guarde, amigos míos!

Gilberto.—Hasta más ver, Joshua.

(*Joshua se aleja; Gilberto toma la mano de Juana y la besa con pasión.*)

Joshua (*en el fondo del teatro*).—¡Qué grande es la Providencia! ¡Á cada cual le da su juguete, la muñeca á la niña, la niña al hombre, el hombre á la mujer y la mujer al diablo!

ESCENA III

GILBERTO, JUANA

Gilberto.—También debo separarme de ti. Adiós, Juana, duerme en paz.

Juana.—¿No queréis entrar esta noche, Gilberto?

Gilberto.—No me es posible. Ya te he dicho que debo concluir un trabajo en el taller esta noche; he de cincelar la empuñadura de una daga para no sé qué lord Clanbrassil, á quien no he visto nunca, y que la necesita para mañana.

Juana.—Pues entonces buenas noches, Gilberto.

Gilberto.—¡Un momento más, Juana! ¡Cuánto me p. 118 cuesta separarme de ti, aunque sólo sea por algunas horas! ¡Tú eres mi vida y mi alegría, pero es preciso que vaya á trabajar, pues somos muy pobres! No quiero entrar, porque me quedaría, y debo marcharme. Mira, sentémonos algunos minutos á la puerta de tu casa, en ese banco; me parece que así me será menos difícil irme. Dame la mano. (*Se sienta y le coge ambas manos, mientras Juana permanece de pie.*) ¿Me amas, Juana?

Juana.—¡Oh! todo os lo debo, Gilberto, ya lo sé, aunque durante largo tiempo me lo hayáis ocultado. Muy pequeña, cuando apenas había dejado la cuna, mis padres me abandonaron, y vos me recogisteis. Hace diez y seis años habéis trabajado para mí como un padre, y vuestros ojos me han vigilado como los de una madre. ¿Qué sería yo sin vos, Dios mío? Todo lo que tengo me lo habéis dado; todo lo que soy, á vos lo debo.

Gilberto.—Juana, ¿me amas?

Juana.—¡Qué abnegación la vuestra, Gilberto! Día y noche trabajabais para mí sin tregua ni reposo, y aun hoy pasáis la noche en vela por mi causa. Sin embargo, jamás oí de vuestros labios una reprensión ni una palabra dura; nunca os dejáis llevar de la cólera; y aunque sois tan pobre, procuráis satisfacer mis caprichos de coqueta. Gilberto, sólo pienso en vos con las lágrimas en los ojos; algunas veces habéis carecido de pan, y á mí no me han faltado nunca cintas.

Gilberto.—¿Me amas, Juana?

Juana.—Gilberto, os besaría hasta los pies.

Gilberto.—Pero ¿me amas? Con todo eso que me dices, aún no me has contestado; una sola palabra es la que yo necesito, Juana. ¡Agradecimiento, siempre agradecimiento! ¡Oh! eso es cosa muy frívola; lo que yo quiero es amor ó nada. Juana, desde hace diez y seis años eres mi hija, y ahora vas á ser mi esposa; tep. 119 había adoptado; quiero unirme contigo. De aquí á ocho días, pues tú has consentido en ello, se efectuará nuestro enlace. ¡Oh Juana! ¿me amabas cuando te comprometiste á esto? Hubo un tiempo, recuérdalo bien, en que me decías, mirando al cielo con tus hermosos ojos: «¡Te amo!» Así es cómo yo te quiero. Desde hace algunos meses, pareceme que algo ha cambiado en ti, sobre todo en estas tres últimas semanas en que el trabajo me obliga á estar ausente algunas noches. ¡Oh Juana! quiero que tú me ames, porque me has acostumbrado á ello. Tú, tan alegre en otro tiempo, siempre estás triste y preocupada ahora, por más que te esfuerzas para disimularlo; y yo conozco que las palabras de cariño no son en ti naturales como otras veces. ¿Qué tienes? ¿Es que no me amas ya? Soy seguramente un hombre honrado, un buen obrero; pero quisiera ser un ladrón ó un asesino con tal que me amases... ¡Juana, tú no sabes cuánto te adoro!

Juana.—Ya lo sé, Gilberto, y por eso lloro.

Gilberto.—¡De alegría! ¿No es cierto? Dime que es de alegría, porque necesito creerlo. En el mundo no hay nada como ser amado. Yo no soy más que un oscuro obrero; pero es preciso que mi Juana me ame. ¿Por qué me has de hablar siempre de lo que hice por ti? Deja todo tu agradecimiento á un lado y dime una sola palabra de amor. Por ti soy capaz de condenarme y de cometer un crimen si tú lo quisieras. Tú serás mi esposa ¿no es cierto? ¡Juana, por una mirada tuya daría cuanto tengo, por una de tus sonrisas mi vida, y por un beso mi alma!

Juana.—¡Qué noble corazón tenéis, Gilberto!

Gilberto.—Escucha, Juana, aunque te rías, te diré que estoy loco y celoso. No te ofendas... hace largo tiempo me parece ver á muchos jóvenes caballeros rondar por

aquí. Ya sabes que yo tengo treinta y cuatrop. 120 años, y sin duda comprendes que es una desgracia que un pobre obrero, mal vestido como yo, que ya no es joven ni buen mozo, ame á una encantadora muchacha de diez y siete abriles que llama la atención de apuestos y gallardos caballeros, dorados y brillantes como la luz que atrae á las mariposas. ¡Oh! yo sufro mucho; pero jamás te ofendo en mi pensamiento, á ti, tan casta y pura, á ti, cuya frente no han tocado aún mis labios. Sin embargo, pareceme á veces que te agrada en demasía ver pasar el séquito y el acompañamiento de la Reina, y á todos esos señores lujosamente vestidos de seda y terciopelo, pero que carecen de alma y corazón. ¡Perdóname!... no sé lo que me digo. Mas ¿por qué pasan por aquí tantos jóvenes caballeros? ¿Por qué no seré yo también noble y rico como ellos? ¡Ay, sólo soy Gilberto el cincelador! Lord Chandos, lord Fitz-Gerard, el conde de Arundel, el duque de Norfolk... ¡Oh! ¡cuánto aborrezco á esos nobles! Paso la vida cincelando para ellos empuñaduras de espadas, con las cuales quisiera atravesarles el pecho.

Juana.—¡Gilberto!

Gilberto.—Dispénsame, Juana. ¿No es verdad que el amor puede hacer al hombre muy malo?

Juana.—No, muy bueno. Vos lo sois, Gilberto.

Gilberto.—¡Oh! cada día te amo más, y quisiera morir por ti. Bien me correspondas ó no, yo seré tu esclavo. Estoy loco... Perdóname cuanto te he dicho. Ya es tarde, y debo retirarme. Adiós. ¡Dios mío, qué triste es separarme de ti! Entra en casa. ¿No tienes la llave?

Juana.—No, hace días que no sé lo que ha sido de ella.

Gilberto.—Aquí tienes la mía... Hasta mañana... No olvides que si ahora soy tu padre, dentro de ocho días seré tu esposo.

(La besa en la frente y vase.)

Juana *(sola)*.—¡Mi esposo! ¡Oh! no; de ningún modop. 121 cometeré ese crimen. ¡Pobre Gilberto, él sí que me ama; mientras que el otro!... ¡Con tal que no haya preferido la vanidad al amor, infeliz de mí!... ¿De quién dependo yo ahora? ¡Oh, soy tan ingrata como culpable!... Oigo pasos, entremos pronto.

(Entra en la casa.)

ESCENA IV

GILBERTO, UN HOMBRE embozado en su capa, y cubierta la cabeza con un bonete amarillo.—El hombre tiene cogida una mano de Gilberto.

Gilberto.—Sí, te reconozco, tú eres el mendigo judío que ronda hace días esta casa. ¿Qué quieres? ¿Por qué me has cogido de la mano para conducirme hasta aquí?

El hombre.—Porque lo que debo deciros, sólo aquí puede decirse.

Gilberto.—Pues bien, habla y despáchate, porque voy de prisa.

El hombre.—Escucha, joven. Hace diez y seis años, en la misma noche en que lord Talbot, conde de Waterford, fué decapitado á la luz de las antorchas por cuestión de papismo y de rebeldía, sus partidarios murieron destrozados en las calles de Londres por la gente de Enrique VIII. El tiroteo duró algunas horas, y aquella noche, un joven obrero, mucho más ocupado en su oficio que en la guerra, trabajaba en su tiendecilla, que es la primera que se encuentra al entrar en el puente de Londres. Serían las dos de la madrugada, poco más ó menos, y cerca de allí arreciaba la lucha, oyéndose cómo silbaban las balas al cruzar el Támesis. De repente llamaron á la puerta de la tiendecilla, á través de cuya cerradura veíase el resplandor de lap. 122 luz; el artesano abrió, y al punto entró un hombre á quien no conocía, llevando en los brazos una criatura en mantillas, que gritaba y lloraba. El hombre la depositó sobre la mesa y dijo: «He aquí una niña que ya no tiene padre ni madre». Después salió lentamente, cerrando la puerta tras sí. Gilberto, el obrero, era también huérfano, y aceptó la criatura; cuidó de ella, vistióla, quiso educarla, y al fin la amó. Consagróse del todo á la pobre criatura, conducida allí por la guerra civil; olvidó por ella su juventud, sus amoríos y placeres, y desde entonces ella fué el objeto único de su cariño y afecto. Esto ha durado diez y seis años. Gilberto, el obrero erais vos; la niña...

Gilberto.—Era Juana. Todo cuanto me habéis dicho es verdad; pero ¿por qué me explicáis esto?

El hombre.—Se me ha olvidado deciros que en los pañales de la criatura había un papel sujeto con un alfiler, y en el que se leían las siguientes palabras: *Compadeceos de Juana*.

Gilberto.—Estaban escritas con sangre; he conservado ese papel, y le llevo siempre conmigo. Pero me estáis mortificando... ¿veamos la conclusión?

El hombre.—Es muy sencilla. Ya veis que conozco vuestros asuntos, y por lo mismo vengo á deciros: ¡Gilberto, vigilad vuestra casa esta noche!

Gilberto.—¿Qué queréis decir?

El hombre.—Ni una palabra más. Os aconsejo que no vayáis á trabajar; permaneced en los alrededores de esta casa y vigilad. No soy amigo ni enemigo vuestro; pero pláceme daros este aviso. Ahora, á fin de no perjudicaros, dejadme; idos por ese lado, y acudid si me oís gritar.

Gilberto.—¿Qué significa todo esto?

(Aléjase lentamente.)

p. 123

ESCENA V

EL HOMBRE, solo

La cosa está bien arreglada así. Yo necesitaba algún hombre joven y fuerte que me prestase auxilio en caso necesario. Ese Gilberto es lo que me conviene... Me parece que oigo rumor de remos y los acordes de un bandolín en el río... Sí. *(Se dirige al parapeto.—Óyense los sonidos de dicho instrumento y una voz lejana que canta.)* Es él. *(La voz se aproxima.)* ¡Ya desembarca... bien... ahora despide al barquero... magnífico! *(Volviendo al proscenio.)* ¡Hele aquí!

(Entra Fabiano Fabiani embozado en su capa y se dirige hacia la puerta de la casa.)

ESCENA VI

EL HOMBRE, FABIANO FABIANI

El hombre *(deteniendo á Fabiani)*.—Una palabra, si os place.

Fabiani.—Creo que me hablan. ¿Quién será este bergante?

El hombre.—Lo que gustéis que sea.

Fabiani.—Esta linterna alumbra mal; pero veo que llevas un bonete amarillo, al parecer de judío. ¿Eres hebreo?

El hombre.—Sí. Deseo deciros dos palabras.

Fabiani.—¿Cómo te llamas?

El hombre.—Sé vuestro nombre, y no conocéis el p. 124 mío; de modo que por esta parte llevo la ventaja. Permitidme que la conserve.

Fabiani.—¿Tú sabes mi nombre? No es verdad.

El hombre.—Sí. En Nápoles os llamaban *signor* Fabiani; en Madrid, don Fabiano; en Londres os tituláis Fabiano Fabiani, conde de Clanbrassil.

Fabiani.—¡Llévete el diablo!

El hombre.—¡Que Dios os guarde!

Fabiani.—Mandaré apalearte. No quiero que sepan mi nombre cuando paseo por la noche.

El hombre.—Sobre todo cuando vais al sitio en que os esperan.

Fabiani.—¿Qué quieres decir?

El hombre.—¡Si la reina lo supiese!

Fabiani.—No voy á ninguna parte.

El hombre.—Sí, milord; vais á casa de la hermosa Juana, la prometida de Gilberto el cincelador.

Fabiani (*aparte*).—¡Diablo! ¡éste es un hombre peligroso!

El hombre.—¿Queréis que os diga algo más? Habéis seducido á esa joven, y desde hace un mes os ha recibido dos veces en su casa por la noche; ésta es la tercera. La hermosa debe estar esperando.

Fabiani.—¡Cállate! ¿Quieres dinero por callarte? ¿Cuánto deseas?

El hombre.—Ahora lo veremos. Por lo pronto, milord, ¿queréis que os diga por qué sedujisteis á esa muchacha?

Fabiani.—¡Pardiez! porque estaba enamorado.

El hombre.—No; eso no es cierto.

Fabiani.—¿No estaba yo enamorado de Juana?

El hombre.—Lo mismo que de la reina... En vos no hay amor, sino cálculo.

Fabiani.—¡Ah diablo! ¡Tú no eres un hombre; eres mi conciencia vestida de judío!

El hombre.—Pues os hablaré como vuestra conciencia, p. 125 milord; escuchad. Sois favorito de la reina, que os ha otorgado la Jarretera, el condado y el señorío, á la verdad cosas huecas, pues la una es un trapo, la otra una palabra, y la última el derecho de morir decapitado. Necesitabais algo mejor; os hacían falta buenas tierras, castillos y rentas considerables; y como el rey Enrique VIII confiscó los bienes de lord

Talbot, decapitado hace diez y seis años, os arreglasteis de modo que la reina María os los diera. Sin embargo, para que la donación fuese valedera, necesitábase que el lord hubiese muerto sin posteridad; si existía un heredero ó heredera, como Talbot murió por la reina María y por su madre Catalina de Aragón, y atendido que era papista, como aquella soberana, no debía dudarse que esta última os retiraría los bienes, por muy favorito que fuéseis, para devolverlos, por deber, por agradecimiento y por religión, al heredero ó á la heredera. Por este lado estabais bastante tranquilo, pues lord Talbot tenía sólo una niña que desapareció de la cuna el día en que ejecutaron á su padre: llegaron á creer en toda Inglaterra que había muerto. Vuestros espías, sin embargo, descubrieron últimamente que en la noche en que lord Talbot y su partido fueron exterminados por Enrique VIII, se había depositado misteriosamente una niña en casa de un obrero cincelador que vive en el puente de Londres, y que era probable que esta niña, educada bajo el nombre de Juana, fuese realmente Juana Talbot, la niña desaparecida. Ciertamente faltaban las pruebas escritas de su nacimiento, pero se podrían encontrar el día menos pensado. El inconveniente era grave; veros obligado á devolver algún día á una niña, Shrewsbury, Wexford y el magnífico condado de Waterford, os pareció muy duro. ¿Qué hacer? Buscasteis el medio de aniquilar ó anular la joven: un hombre honrado se habría valido de un asesino; pero vos, milord, lo hicisteis mejor: la deshonrasteis.

p. 126 Fabiani.—¡Insolente!

El hombre.—Vuestra conciencia es la que habla, milord; otro hubiera quitado la vida á la joven; vos la robasteis el honor, y de consiguiente el porvenir. La reina María es orgullosa, aunque tenga amantes.

Fabiani (*aparte*).—Este hombre llega al fondo de todo.

El hombre.—La reina no goza de buena salud; puede morir pronto, y entonces vos, su favorito, caeríais arruinado sobre su tumba. Las pruebas materiales del estado civil de la joven, que darían á conocer su categoría, se pueden hallar cuando menos se espere, y entonces, si la reina ha muerto, Juana, por deshonrada que esté, será reconocida como heredera de Talbot. ¡Pues bien! vos habéis previsto este caso; sois un caballero joven, de buen aspecto, os habéis hecho amar de ella, y la pobre muchacha se ha entregado á vos: en el peor caso, os casaríais con ella. No me neguéis que tal es vuestro plan; á mí me parece sublime; y si no fuera quien soy, quisiera ser vos.

Fabiani.—¡Gracias!

El hombre.—Habéis conducido el asunto con mucha destreza, ocultando vuestro nombre; de modo que estáis á cubierto en lo que se refiere á la reina. La pobre muchacha cree haber sido seducida por un caballero del país de Somerset, llamado Amyas Pawlett.

Fabiani.—¡Todo lo sabe! En fin, vamos al hecho. ¿Qué quieres?

El hombre.—Milord, si alguno tuviera en su poder los papeles que prueban el nacimiento, la existencia y el derecho de la heredera de Talbot, vos quedaríais más pobre que mi antecesor Job, no conservando más castillos que los que hagáis en el aire, lo cual os disgustaría mucho.

Fabiani.—Sí; pero nadie tiene esos papeles.

El hombre.—Os engañáis.

Fabiani.—¿Quién?

p. 127El hombre.—Yo.

Fabiani.—¡Bah, un miserable como tú! No es cierto; judío que habla, hombre que miente.

El hombre.—Tengo esos papeles.

Fabiani.—¡Mientes! ¿Dónde están?

El hombre.—En mi bolsillo.

Fabiani.—No lo creo. ¿Están en regla? ¿No falta nada?

El hombre.—Nada.

Fabiani.—Si es así, los necesito.

El hombre.—Poco á poco.

Fabiani.—¡Judío, dame esos papeles!

El hombre.—¡Muy bien!... ¡Judío dices! Y tú, miserable mendigo, dame la ciudad de Shrewsbury, dame la de Wexford, y también el Condado de Waterford... Un poco de caridad, si os place.

Fabiani.—Esos papeles son todo para mí, y nada valen para ti.

El hombre.—Simón Renard y lord Chandos me los pagarían á buen precio.

Fabiani.—Simón Renard y lord Chandos son dos perros entre los cuales mandaré que te ahorquen.

El hombre.—Si no tenéis otra cosa que proponerme, adiós.

Fabiani.—¡Aquí, judío! ¿Qué quieres por esos papeles?

El hombre.—Una cosa que tienes encima.

Fabiani.—¡Mi bolsa!

El hombre.—¡Ca, nada de eso! ¿Queréis la mía?

Fabiani.—¿Pues qué deseas?

El hombre.—Siempre lleváis encima un pergamino; es una firma en blanco que la reina os ha dado, y en la que jura por su corona católica conceder á quien se la presente la gracia que solicite, sea cual fuere. Dadme esa firma en blanco, y os entregaré los papeles de Juana Talbot; papel por papel.

p. 128 Fabiani.—¿Y qué quieres hacer con esa firma en blanco?

El hombre.—¡Vaya, juguemos limpio! Os he dicho cuáles son vuestros asuntos, y ahora voy á daros cuenta de los míos. Soy uno de los principales plateros judíos de la calle de Kantersten en Bruselas; presto dinero al cincuenta por ciento á todo el mundo, y prestaría aunque fuese al diablo ó al papa. Hace dos meses uno de mis deudores murió sin haberme pagado; era un antiguo servidor de la familia Talbot, y el pobre hombre, desterrado hacía tiempo, sólo dejó algunos harapos; la justicia los puso en mi poder, y en ellos encontré una caja que contenía varios papeles. Eran los de Juana Talbot, milord, con toda su minuciosa historia, y probada con documentos en regla. La reina de Inglaterra acababa de daros precisamente los bienes de Juana Talbot; y como yo necesitaba también á la soberana para negociar un préstamo de diez mil marcos de oro, comprendí que podría hacer negocio con vos. Vine á Inglaterra con este disfraz, espí á Juana Talbot, y todo lo he hecho por mí mismo. De esta manera he averiguado cuánto me convenía, y heme aquí. Tendréis los papeles de Juana Talbot si me dais la firma en blanco de la reina: yo escribiré en el documento que se me conceden diez mil marcos de oro; aquí me deben todavía alguna cosa, pero no quiero regatear. ¡Diez mil marcos de oro, nada más! No os pido la suma, porque sólo una testa coronada puede pagármela. Esto es hablaros con franqueza, pues supongo que dos hombres tan diestros como nosotros no ganarían nada engañándose. Si la franqueza se desterrase de la tierra, debería reaparecer en la entrevista de dos bribones.

Fabiani.—Imposible; no puedo dar esa firma en blanco. ¡Diez mil marcos de oro! ¿Qué diría la reina? Además, mañana podría caer en desgracia, y esa firma en blanco sería la salvación para mí: es mi cabeza.

p. 129



Gilberto.—¡Un hombre asesinado!... ¡El mendigo...!

p. 131 El hombre.—¿Qué me importa á mí?

Fabiani.—Pedidme otra cosa.

El hombre.—Quiero eso.

Fabiani.—Judío, dame los papeles de Juana Talbot.

El hombre.—Dadme la firma en blanco de la reina.

Fabiani.—¡Vamos, maldito judío, será preciso ceder!

(Saca un papel del bolsillo.)

El hombre.—Enseñadme la firma en blanco de la reina.

Fabiani.—Muéstrame los papeles de Talbot.

El hombre.—Ahora los veréis. *(Se acercan á la linterna; Fabiani, colocado detrás del judío, le pone el papel ante los ojos, y el hombre le examina.)* «Nos, María, reina...»—
Está bien. Ya veis que soy como vos, milord; todo lo he calculado y previsto.

Fabiani *(desenvaina un puñal con la mano derecha y se lo hunde en la garganta)*.—
Exceptuando esto.

El hombre.—¡Ah traidor!... ¡Á mí... socorro!

(Cae, y en el mismo instante arroja en la sombra tras sí, sin que Fabiani lo note, un pliego sellado.)

Fabiani *(inclinándose sobre el cuerpo)*.—¡Á fe mía, creo que ya está muerto!...
¡Cojamos ahora esos papeles! *(Registra al judío.)* ¡Maldición, no lleva nada, ni un solo papel! ¡El bribón me engañaba, quería robarme! ¡Maldito judío, le he matado inútilmente! Todos lo mismo; la mentira y el robo son propios de su raza. ¡Vamos, será preciso quitar de ahí ese cadáver, y no dejarle delante de la puerta! *(Dirigiéndose al fondo del teatro.)* Si el barquero está aún allí, él me ayudará á tirar el cuerpo al agua.

(Desaparece detrás del parapeto.)

Gilberto *(entrando por el lado opuesto)*.—Me parece haber oído un grito. *(Ve el cuerpo tendido en tierra junto á la linterna.)* ¡Un hombre asesinado!... ¡El mendigo!

El hombre *(incorporándose á medias)*.—¡Ah!... Llegáis demasiado tarde, Gilberto. *(Señala con el dedo el sitiop. 132 donde acaba de arrojar el pliego sellado.)* Recoged eso; son los papeles que prueban que Juana, vuestra prometida, es hija y heredera

del último lord Talbot. Mi asesino es lord de Clanbrassil, el favorito de la reina... ¡Ah! me ahogo... ¡Gilberto, véngame y véngate!

(*Muere.*)

Gilberto.—¡Muerto!... Que me vengue... ¿Qué quiere decir? ¡Juana hija de lord Talbot! ¡Lord de Clanbrassil, favorito de la reina! ¡Oh! Yo me confundo... (*Sacudiendo el cadáver.*) ¡Habla, una palabra más!... ¡Ah! está bien muerto...

ESCENA VII

GILBERTO, FABIANI

Fabiani (*volviendo*).—¿Quién va?

Gilberto.—Acaban de asesinar á un hombre.

Fabiani.—No, es un judío.

Gilberto.—¿Quién le ha dado muerte?

Fabiani.—¡Pardiez! vos ó yo.

Gilberto.—¡Caballero!...

Fabiani.—No hay testigos. Aquí no se ve más que un cadáver y dos hombres á su lado. ¿Quién asesinó á ese hombre? Nada prueba que sea yo más bien que vos.

Gilberto.—¡Miserable! Sois el asesino.

Fabiani.—Pues bien, es verdad. ¿Qué tenemos con eso?

Gilberto.—Voy á llamar á la justicia.

Fabiani.—Lo que haréis es ayudarme á lanzar ese cuerpo al agua.

Gilberto.—Haré que os prendan y castiguen.

Fabiani.—He dicho que me ayudaréis.

p. 133Gilberto.—Sois muy insolente.

Fabiani.—Creedme, borremos todas las huellas de esto, pues os interesa más que á mí.

Gilberto.—¡Esto es demasiado!

Fabiani.—Uno de los dos ha dado el golpe: yo soy un gran señor, un noble, y vos un transeúnte, un plebeyo, un hombre del pueblo. El caballero que mata á un judío paga cuatro sueldos de multa; el hombre del pueblo paga su delito con la vida.

Gilberto.—¡Osaríais...!

Fabiani.—Si me denunciáis os denuncio, y yo seré más digno de crédito que vos. Con todo esto, las probabilidades son desiguales; para mí la multa; para vos la horca.

Gilberto.—¡Y no haber testigo ni pruebas! ¡Oh! mi cabeza se extravía... ¡Y el miserable tiene razón!

Fabiani.—¿Queréis que os ayude á arrojar ese cadáver al agua?

Gilberto.—¡Sois un infame!

Fabiani (*Gilberto coge el cuerpo por la cabeza, Fabiani por los pies, y le llevan al parapeto*).—Sí, amigo mío; no sé con seguridad quién de los dos ha dado muerte á este hombre.

(*Desaparecen detrás del parapeto.*)

Fabiani (*volviendo*).—Ya está hecho, compañero. Buenas noches; ya podéis marcharos. (*Se dirige hacia la casa, y al volver la cabeza, nota que Gilberto le sigue.*) ¡Qué se os ofrece! ¿Es que deseáis algún dinero por vuestro trabajo? En conciencia, nada os debo; pero tomad. (*Entrega su bolsa á Gilberto, que al pronto hace un ademán de negativa, aceptando después, como hombre que de pronto cambia de parecer.*) Ahora, idos. ¡Vamos! ¿qué esperáis aún?

Gilberto.—Nada.

Fabiani.—Á fe mía, podéis quedaros ahí si bien os parece. Estaréis al sereno, y yo con mi dama. ¡Dios os guarde!

p. 134(*Se dirige hacia la puerta de la casa y hace ademán de abrir.*)

Gilberto.—¿Adónde vais así?

Fabiani.—¡Pardiez! á mi casa.

Gilberto.—¿Cómo á vuestra casa?

Fabiani.—Sí.

Gilberto.—¿Quién de los dos es el que sueña? Antes me dijisteis que el asesino del judío era yo, y ahora me aseguráis que esa es vuestra casa.

Fabiani.—Ó la de mi querida, que es lo mismo.

Gilberto.—Repetidme lo que acabáis de decir.

Fabiani.—Digo, ya que os empeñáis en saberlo, que esa casa es la de una hermosa joven, que es mi querida.

Gilberto.—¡Yo digo, milord, que mientes! ¡Digo que eres un falsario y un asesino; que tu madre fué azotada por el verdugo en una plaza pública; y que voy á sujetar tu cabeza entre mis manos y á oprimirla hasta que te cortes la lengua con tus propios dientes!

Fabiani.—¡Hola! ¿Quién es este diablo de hombre?

Gilberto.—Soy Gilberto el cincelador, y Juana es mi prometida.

Fabiani.—Pues yo soy el caballero Amyas Pawlett, el querido de Juana.

Gilberto.—¡Te digo que mientes! Tú eres lord Clanbrassil, el favorito de la reina. ¡Imbécil! ¡Creías que lo ignoraba!

Fabiani.—¡Está visto que todo el mundo me conoce esta noche!... He aquí otro hombre peligroso, y del cual será preciso deshacerse cuanto antes.

Gilberto.—Dime en el acto que has mentido como un bellaco, y que Juana no es tu querida.

Fabiani.—¿Conoces su letra? (*Saca un billete del bolsillo.*) Lee eso. (*Aparte, mientras que Gilberto desdobra convulsivamente el papel.*) Importa que éntre en su casa para reñir con Juana, pues así mi gente tendrá tiempo de llegar.

p. 135 Gilberto (*leyendo*).—«Estaré sola esta noche; podéis venir...» ¡Maldición, milord, tú has deshonrado á mi prometida, y eres un infame! ¡Vas á darme satisfacción al punto!

Fabiani (*echando mano á la espada*).—No hay inconveniente. ¿Dónde está tu acero?

Gilberto.—¡Oh rabia! ¡Ser hijo del pueblo y no tener espada ni puñal! ¡No importa; te esperaré en la esquina de una calle y te asesinaré, miserable!

Fabiani.—Eres muy violento, amigo mío.

Gilberto.—¡Oh! ya me vengaré de ti.

Fabiani.—¡Vengarte de mí! Estás demasiado bajo, y yo muy alto.

Gilberto.—¿Me desafías?

Fabiani.—Sí.

Gilberto.—¡Ya nos veremos!

Fabiani (*aparte*).—Es preciso que el sol de mañana no salga para ese hombre. (*En voz alta.*) Créeme, amigo mío, entra en tu casa. Siento mucho que hayas descubierto lo que acabas de averiguar; pero te dejo la dama. Mi intención no era ir más lejos en estos amoríos. ¡Vamos, véte á dormir! (*Arroja una llave á los pies de Gilberto.*) Si no tienes llave, toma esa, ó si lo prefieres, da tres golpes en la ventana; la muchacha creerá que soy yo, y te abrirá. Buenas noches.

(*Vase.*)

ESCENA VIII

GILBERTO, solo

¡Se ha marchado, sin que pudiese despedazarle entre mis manos! ¡Ha sido forzoso dejarle escapar! ¡No tengo arma ninguna! (*Ve en tierra el puñal con que lord Clanbrasil ha dado muerte al judío, y recoge el armap. 136 con precipitación.*) ¡Ah, llegas demasiado tarde! Ya no podría servir sino para mí; pero es igual; bien hayas caído del cielo ó vengas del infierno, yo te bendigo. ¡Oh! Juana me ha vendido; Juana se ha entregado á ese infame; ¡Juana es la heredera de lord Talbot; Juana está perdida para mí! ¡Oh Dios mío! ¡he aquí en una hora desgracias demasiado dolorosas para que yo las resista! (*Simón Renard aparece en la oscuridad, en el fondo del teatro.*) ¡Oh, vengarme de ese hombre, vengarme de ese lord Clanbrasil! Si voy al palacio de la reina, los lacayos me arrojarán á puntapiés como si fuese un perro. ¡Estoy loco, mi cabeza arde! ¡Me es igual morir, mas antes quisiera vengarme, y para conseguirlo daría hasta mi sangre! ¿No hay nadie en el mundo que quiera hacer este pacto conmigo? ¿Quién se ofrece á vengarme de lord Clanbrasil, tomando en cambio mi vida?

ESCENA IX

GILBERTO, SIMÓN RENARD

Simón Renard (*dando un paso*).—Yo.

Gilberto.—¿Tú? ¿Quién eres tú?

Simón Renard.—Soy el hombre que deseas.

Gilberto.—¿Sabes quién soy yo?

Simón Renard.—Eres el hombre que necesito.

Gilberto.—No tengo más que una idea, la de vengarme de lord Clanbrasil y morir.

Simón Renard.—Quedarás vengado y morirás.

Gilberto.—Quien quiera que seas, gracias.

Simón Renard.—Sí, tendrás la venganza que deseas; pero no olvides con qué condición. Necesito tu vida.

Gilberto.—Tómala.

p. 137 Simón Renard.—¿Queda convenido?

Gilberto.—Sí.

Simón Renard.—Sígueme.

Gilberto.—¿Adónde?

Simón Renard.—Ya lo sabrás.

Gilberto.—No olvides que me has prometido vengarme.

Simón Renard.—Piensa que te comprometes á morir.





JORNADA SEGUNDA

LA REINA

Habitación en la cámara de la reina.—Un evangelio abierto sobre un reclinatorio; la corona real en un escabel; puertas laterales, y una más grande en el fondo; una parte de éste queda oculta por una tapicería magnífica.

PERSONAJES

- FABIANO FABIANI.
- LA REINA.
- GILBERTO.
- SIMÓN RENARD.
- JUANA.
- LOS NOBLES. EL VERDUGO.

p. 140 ESCENA I

LA REINA, lujosamente vestida, y echada en un diván; FABIANO FABIANI, sentado junto á ella en un escabel, luciendo un magnífico traje y la orden de la Jarretera, tiene un bandolín entre las manos y canta.

Fabiani (*dejando su bandolín en el suelo*).—¡Oh! os amo más de cuanto podáis imaginaros, señora; pero á ese Simón Renard, tan poderoso como vos misma, le odio con toda mi alma.

La Reina.—Ya sabéis que no puedo nada contra él, milord; es aquí el representante del príncipe de España, mi futuro esposo.

Fabiani.—¡Vuestro futuro esposo!

La Reina.—Vamos, milord, no hablemos de eso. Yo os amo. ¿Qué más queréis? Por ahora, os recordaré que ya es hora de retiraros.

Fabiani.—¡María, un momento más!

La Reina.—Ved que es hora de reunirse el consejo. Hasta ahora no ha habido aquí más que la mujer, y es preciso dejar paso á la reina.

Fabiani.—Yo quisiera que la mujer hiciese esperar á la reina á la puerta.

La Reina.—¡Vos lo queréis! Miradme, milord. ¡Tienes una hermosa cabeza, Fabiano!

Fabiani.—¡Vos sí que sois hermosa, señora! No necesitaríais más que vuestra belleza para ser poderosa; hay en vos algo que dice que sois la reina; pero lo lleváis escrito en la frente más bien que en vuestra corona.

La Reina.—Me lisonjeáis.

Fabiani.—Te amo.

La Reina.—¿Me amas de veras, y sólo á mí? Vuelvete. 141 á decírmelo con tu expresiva mirada. ¡Ay! nosotras las mujeres no sabemos nunca á punto fijo lo que pasa en el corazón de un hombre, y debemos creer por los ojos; pero los más hermosos son á veces los más engañadores. En los tuyos, sin embargo, hay tanta lealtad, tanto candor y buena fe, que no pueden mentir; tu mirada es cándida y sincera, bello paje. ¡Oh! valerse de ojos celestiales para engañar, sería un crimen. Ó tus ojos son los de un ángel, ó los de un demonio.

Fabiani.—Ni demonio ni ángel; sólo soy un hombre que os ama.

La Reina.—¿Que ama á la reina?

Fabiani.—Que ama á María.

La Reina.—Escucha, Fabiano; yo te amo también; pero eres joven; hay muchas bellas damas que te miran con ternura, y una reina puede cansar al fin, lo mismo que otra mujer. No me interrumpas: si alguna vez te enamoras de cualquiera dama, quiero que me lo digas, y haciéndolo así, tal vez te perdone. Tú no sabes hasta qué punto te amo, pues ni yo misma lo sé; pero hay momentos en que mejor quisiera verte muerto, que feliz con otra. ¡Dios mío! yo no sé por qué se me quiere representar siempre como una mujer maligna.

Fabiani.—Yo no puedo ser feliz más que á tu lado, María; solo á ti te amo.

La Reina.—¿De veras? Mírame bien para decírmelo. Estoy tan celosa, que á veces me figuro—¿cuál es la mujer que no tiene estas ideas?—me figuro que me engañas. Quisiera ser invisible para poder seguirte y saber siempre qué haces, qué dices y dónde estás. En los cuentos de hadas se habla de una sortija que hace invisible; yo daría mi corona por esa sortija. Imagínome sin cesar que vas á ver á otras mujeres jóvenes y hermosas, y á fe mía que fuera una indignidad engañarme.

Fabiani.—¡Desechad esas ideas, señora! ¡Yo engañaros, p. 142 á vos que sois mi reina y mi amor! Para esto debería ser el más ingrato y miserable de los hombres; y seguramente no os he dado motivo alguno para que lo creáis así. ¡Yo te amo, María, te adoro, y no podría ni siquiera mirar á otra mujer! ¿No estás leyéndolo en mis ojos?

¡Dios mío! debería haber un acento de verdad para persuadir. ¡Vamos, mírame bien! ¿Tengo yo el aspecto de un hombre que engaña? ¿No se reconoce pronto al hombre que miente á una mujer? Ninguna se suele engañar en este punto. ¡Y qué momento has elegido, María, para decirme semejantes cosas! Precisamente aquel en que más te amo. Paréceme que nunca te adoré tanto como hoy. Ahora no hablo á la reina, de la cual me burlo, pues ¿qué podría hacerme? Mandar que me cortasen la cabeza, y esto me importa poco; mientras que tú, María, puedes destrozarme el corazón. No es á Vuestra Majestad á quien amo; es á ti; tu blanca y delicada mano es la que beso y adoro, no vuestro cetro, señora.

La Reina.—Gracias, Fabiano mío; adiós. ¡Pero milord, qué joven sois! ¡Qué hermoso es el cabello de vuestra encantadora cabeza! Volved dentro de una hora.

Fabiani.—¡Lo que llamáis una hora es para mí un siglo!

(Sale.)

(Apenas desaparece, la Reina corre presurosa hacia una puertecilla oculta en la pared, ábrela é introduce á Simón Renard.)

ESCENA II

LA REINA, SIMÓN RENARD

La Reina.—Entrad, caballero. Y bien ¿estabais ahí? ¿Lo habéis oído todo?

p. 143 Simón Renard.—Sí, señora.

La Reina.—¿Y qué os parece? ¡Oh! es el más redomado y el más falso de los hombres. ¿Qué opináis?

Simón Renard.—No en vano termina en *i* el apellido de ese hombre.

La Reina.—¿Estáis seguro que va por la noche á casa de esa mujer? ¿le habéis visto?

Simón Renard.—No sólo yo, sino también Chandos, Clinton, Montagu, y otros diez testigos.

La Reina.—¡Eso es verdaderamente una infamia!

Simón Renard.—Ahora mismo podréis tener una prueba más patente, pues la joven se halla aquí. Según he dicho á Vuestra Majestad, mandé prenderla en su casa anoche.

La Reina.—Pero ¿no hay ya crimen suficiente para mandar que corten la cabeza á ese hombre, caballero?

Simón Renard.—El haber visitado á una joven de noche no basta, señora. Vuestra Majestad mandó juzgar á Trogmorton por un hecho análogo, y Trogmorton fué absuelto.

La Reina.—Por eso castigué á sus jueces.

Simón Renard.—Procurad no veros obligada á proceder lo mismo con los de Fabiani.

La Reina.—¡Oh! ¿cómo me vengaré de ese traidor?

Simón Renard.—Supongo que Vuestra Majestad sólo quiere vengarse de cierta manera.

La Reina.—De la única que sea digna de mí.

Simón Renard.—Trogmorton fué absuelto, señora; sólo hay un medio, y ya le he indicado á Vuestra Majestad. El hombre está ahí.

La Reina.—¿Hará cuanto yo quiera?

Simón Renard.—Sí, con tal que hagáis lo que él desea.

La Reina.—¿Dará su vida?

Simón Renard.—Sí, pero poniendo ciertas condiciones.

p. 144 La Reina.—¿Sabéis lo que quiere?

Simón Renard.—Lo mismo que vos: vengarse.

La Reina.—Decidle que éntre, y permaneced al alcance de mi voz... ¡Ah! escuchad.

Simón Renard (*volviendo*).—¿Qué desea Vuestra Majestad?

La Reina.—Decid á milord Chandos que esté en la cámara inmediata con seis hombres de mi servicio dispuestos á entrar... y la mujer también. Id. (*Simón Renard sale.*) ¡Oh! ¡será cosa terrible!

(*Ábrense una de las puertas laterales y entran Simón Renard y Gilberto.*)

ESCENA III

LA REINA, GILBERTO, SIMÓN RENARD

Gilberto.—¿Ante quién estoy?

Simón Renard.—Ante la reina.

Gilberto.—¿Ante la reina?

La Reina.—Sí, yo soy la reina, y no hay motivo para asombraros. Vos sois Gilberto, obrero, de oficio cincelador; vivís cerca del Támesis, no sé dónde, con una que llaman Juana, de quien sois el prometido, y que os engaña, pues tiene por amante á un tal Fabiano, que me engaña á mí á su vez. Queréis vengaros, y yo también, y para esto necesito disponer de vuestra vida á mi antojo. Me conviene que digáis lo que yo os mandaré decir, sea lo que fuere, sin que haya para vos nada falso ni verdadero, ni bueno ni malo, ni justo ni injusto; sólo debéis ver mi venganza y mi voluntad. Es indispensable que me dejéis obrar, sometiéndooos á todo. ¿Consentís en ello?

Gilberto.—Señora...

p. 145 La Reina.—Quedarás vengado, pero te prevengo que habrás de morir: esto es todo. Ahora, fija tus condiciones; si tienes una madre anciana y es necesario llenar su mesa de oro, habla, que no le faltará: vende tu vida al más alto precio que te sea posible.

Gilberto.—Ya no estoy resuelto á morir, señora.

La Reina.—¿Cómo?

Gilberto.—He reflexionado toda la noche, y nada veo aún claro en este asunto. Un hombre se ha jactado de ser amante de Juana; pero ¿quién me asegura que no ha mentido? He visto una llave; pero bien mirado, podría ser robada. He visto un billete; pero ¿quién me dice que no se ha escrito por fuerza? Por otra parte, tampoco sé si la letra es de Juana, pues era de noche y yo estaba turbado. No puedo dar mi vida, que es la suya, sin reflexionarlo antes. No creo nada; ni de nada estoy seguro, porque no he visto á Juana.

La Reina.—¡Bien se ve que estás enamorado! Eres como yo; resistes á todas las pruebas. ¿Y si ves á esa Juana y la oyes confesar su falta, harás lo que yo quiera?

Gilberto.—Sí, con una condición.

La Reina.—Ya me la dirás más tarde. (*Á Simón Renard.*) ¡Que éntre esa mujer al punto! (*Simón Renard sale; la reina oculta á Gilberto detrás de un cortinaje que ocupa parte de la habitación.*) Quédate ahí.

(*Entra Juana pálida y temblorosa.*)

ESCENA IV

LA REINA, JUANA, GILBERTO detrás del cortinaje

La Reina.—Acércate, joven; ¿sabes quién somos?

Juana.—Sí, señora.

p. 146 La Reina.—¿Sabes quién es el hombre que te ha seducido?

Juana.—Sí, señora.

La Reina.—¿Te había engañado diciéndote que era el caballero Amyas Pawlett?

Juana.—Sí, señora.

La Reina.—¿Sabes ahora que es Fabiano Fabiani, conde de Clanbrasil?

Juana.—Sí, señora.

La Reina.—Anoche, cuando te prendieron en tu casa, ¿le habías dado cita y le esperabas?

Juana (*juntando las manos*).—¡Dios mío, señora!

La Reina.—Responde.

Juana (*con voz desfallecida*).—Sí.

La Reina.—Debes suponer que ya no puedes esperar nada, ni para él, ni para ti.

Juana.—Sólo la muerte. Siempre es una esperanza.

La Reina.—Cuéntame la historia. ¿Dónde encontraste á ese hombre por primera vez?

Juana.—La primera vez en... pero ¿á qué decirlo? Una desgraciada hija del pueblo, pobre y vanidosa, loca y coqueta, enamorada de los adornos, y que se deslumbra ante el gallardo aspecto de un gran señor, nada tiene de particular. Me han seducido y deshonorado, y estoy perdida; nada tengo que añadir á esto. ¡Dios mío! ¿no veis cuánto me aflige cada palabra que digo, señora?

La Reina.—Está bien.

Juana.—¡Oh! ya sé cuán terrible es vuestra cólera, señora; mi cabeza se dobla de antemano bajo el castigo que me preparáis.

La Reina.—¡Yo castigarte! ¿Piensas que me ocupo de ti, loca? ¿Quién eres tú, infeliz criatura, para que me importen tus cosas? No; yo sólo tengo que ver con Fabiano. En cuanto á ti, otro se encargará de castigarte.

Juana.—¡Pues bien! señora, cualquiera que sea el p. 147 castigo y la persona encargada de él, todo lo sufriré sin quejarme, y hasta os daré gracias si atendéis á la súplica que voy á dirigiros. Hay un hombre que me recogió huérfana en la cuna, y me

adoptó y educó, amándome después, y que aún me ama; bien indigna soy de ese hombre, á quien he faltado gravemente, y cuya imagen, sin embargo, grabada en el fondo de mi corazón, es para mí tan sagrada como la de Dios; ese hombre, que sin duda habrá encontrado su casa desierta y abandonada, no se explica lo que ocurre, y tal vez se halle entregado á la desesperación. ¡Pues bien! lo que yo pido á Vuestra Majestad es que no se le dé á entender nada, y que se me haga desaparecer, sin que sepa jamás lo que de mí ha sido. Ignoro si se me comprenderá bien; pero seguramente no se os oculta que ese hombre es un amigo, un noble y generoso amigo... ¡pobre Gilberto!... que me ama y me cree pura. No quiero que me odie y me desprecie... Ya conoceréis, señora, que la estimación de ese hombre es para mí más que la vida. Mi falta le causará un profundo pesar, y tanta será su sorpresa, que tal vez no dé crédito á sus oídos. ¡Pobre Gilberto! ¡Oh señora, compadeceos de mí! ¡En nombre del cielo, que no sepa nada de esto; que no sepa que soy culpable, pues se mataría, y moriría si averiguase que ya no existo!

La Reina.—El hombre de quien habláis os escucha en este momento, os juzga, y os castigará.

(Aparece Gilberto.)

Juana.—¡Cielos, Gilberto!

Gilberto *(á la Reina)*.—Mi vida es vuestra, señora.

La Reina.—Bien. ¿Tenéis que imponer algunas condiciones?

Gilberto.—Sí, señora.

La Reina.—¿Cuáles? Os damos nuestra palabra de reina de aceptarlas de antemano.

p. 148 Gilberto.—El caso es muy sencillo, señora. Se trata de una deuda de agradecimiento contraída con un caballero de vuestra corte que me ha hecho trabajar mucho en mi oficio de cincelador.

La Reina.—Hablad.

Gilberto.—Ese caballero mantiene relaciones secretas con una mujer con quien no puede unirse, porque ella pertenece á una familia desterrada; esta mujer, que ha vivido oculta hasta ahora, es hija única y heredera del último lord Talbot, decapitado en tiempo de Enrique VIII.

La Reina.—¡Cómo! ¿Estás seguro de lo que dices? ¿Será cierto que el buen lord católico, el leal defensor de mi madre, dejó una hija? Si esto es verdad, juro por mi

corona que esa niña es mía; y lo que Juan Talbot hizo por la madre de María de Inglaterra, ésta lo hará por la hija de Juan Talbot.

Gilberto.—Entonces, será sin duda una dicha para Vuestra Majestad devolver á la hija de lord Talbot los bienes de su difunto padre...

La Reina.—Seguramente que sí, y para esto obligaré á Fabiano á renunciar á ellos; pero ¿hay pruebas de que esa heredera exista?

Gilberto.—Las tenemos.

La Reina.—Y si no tuviéramos pruebas, las haríamos. No en balde soy reina.

Gilberto.—Vuestra Majestad devolverá á la hija de lord Talbot los bienes, los títulos, la jerarquía, el nombre y el blasón de su padre; la eximirá de toda proscripción y asegurará su vida; y por último, Vuestra Majestad la unirá con ese caballero, único hombre á quien debe dar su mano. Mediante estas condiciones, señora, podréis disponer de mí, de mi libertad y de mi vida como mejor os plazca.

La Reina.—Bien; haré lo que acabas de decir.

Gilberto.—La reina de Inglaterra debe jurarlo,áp. 149 mí, Gilberto, el obrero cincelador, por su corona y por el Evangelio abierto.

La Reina.—¡Por mi corona y por el Evangelio lo juro!

Gilberto.—Pacto concluído, señora. Haced preparar una tumba para mí y un lecho nupcial para los esposos. El caballero de quien hablo es Fabiani, conde de Clanbrasil; y aquí tenéis á la heredera de Talbot.

Juana.—¿Qué dice?

La Reina.—¿Estaré hablando con un loco? ¿Qué significa esto? ¿Os atreveríais á burlaros de la reina de Inglaterra? Recordad que en las cámaras reales se han de pesar las palabras, y que hay casos en que la lengua derriba la cabeza.

Gilberto.—Mi cabeza está á vuestra disposición, señora; pero tengo vuestro juramento.

La Reina.—¿Habláis con formalidad? ¡Ese Fabiani, esa Juana... vamos!

Gilberto.—Esa Juana es hija y heredera de Talbot.

La Reina.—¡Bah! ¡visión, quimera, locura! ¿Tenéis las pruebas?

Gilberto.—Completas. (*Saca un paquete del pecho.*) Dignaos leer esos papeles.

La Reina.—¿Creéis que yo tengo tiempo de leer vuestros papelotes? ¿Os los he pedido yo por ventura? ¿Para qué los quiero yo? Si prueban alguna cosa, á fe mía que los arrojaré al fuego.

Gilberto.—Siempre me quedará vuestro juramento.

La Reina.—¡Mi juramento, mi juramento!

Gilberto.—Sí, señora, por la corona y el Evangelio, es decir, por vuestra cabeza y vuestra alma, por vuestra vida en este mundo y en el otro.

La Reina.—Pero ¿qué quieres? ¡Tú estás verdaderamente loco!

Gilberto.—Voy á deciros lo que quiero. Juana hap. 150 perdido su categoría; devolvédsele; proclamadla hija de lord Talbot y esposa de lord Clanbrasil, y tomad después mi vida.

La Reina.—¡Tu vida! ¿Qué haría yo con ella? Sólo podría quererla para vengarme de ese hombre, de Fabiani. Tú no comprendes nada, ni yo te entiendo á ti tampoco. Hablabas de venganza... ¿es así cómo te vengas? Esta gente del pueblo es muy estúpida. ¿Cómo puedo creer yo en la ridícula historia de una heredera de Talbot? ¡Me enseñas los papeles! Ni siquiera los miraré. ¡Ah! Una mujer te vende y te la echas de generoso... Pues yo no lo soy, porque mi corazón rebosa de cólera y de odio; me vengaré, y tú me ayudarás. Pero ¿qué digo? Ese hombre es un loco, y loco rematado. ¿Para qué le necesito yo? ¡Dios mío, qué triste es tener que tratar con semejantes personas en asuntos formales!

Gilberto.—Tengo vuestra palabra de reina católica. Lord Clanbrasil ha seducido á Juana y debe unirse con ella.

La Reina.—¿Y si rehusa?

Gilberto.—Le obligaréis, señora.

Juana.—¡Oh, no, compadeceos de mí!

Gilberto.—Pues bien, si ese infame rehusa, Vuestra Majestad dispondrá de nosotros como lo tenga por conveniente.

La Reina (*con alegría*).—¡Ah! eso es todo cuanto yo deseo.

Gilberto.—Si llegase ese caso, con tal que Vuestra Majestad ciña la frente sagrada é inviolable de Juana Talbot con la corona de condesa de Waterford, yo haré todo lo que la reina me ordene.

La Reina.—¿Todo?

Gilberto.—Todo.

La Reina.—¿Dirás cuanto convenga decir? ¿Morirás de la muerte que te impongan?

p. 151 Gilberto.—Como Vuestra Majestad ordene.

Juana.—¡Oh Dios mío!

La Reina.—¿Lo juras?

Gilberto.—Lo juro.

La Reina.—Entonces, se podrá arreglar el asunto. Esto basta; tengo tu palabra y tienes la mía. Está dicho. (*Parece reflexionar un momento. Á Juana.*) No sois necesaria aquí; salid; ya os llamaré.

Juana.—¡Oh Gilberto! ¿Qué habéis hecho? Soy una miserable, y no me atrevo á miraros; mientras que vos sois un ángel, pues tenéis á la vez las virtudes de éste y las pasiones de un hombre.

(*Sale.*)

ESCENA V

LA REINA, GILBERTO; después SIMÓN RENARD, LORD CHANDOS y los guardias

La Reina (*á Gilberto*).—¿Llevas algún arma, un puñal, un cuchillo ó cualquiera cosa?

Gilberto (*sacando del pecho el puñal de lord Clanbrasil*).—¿Un puñal? Sí, señora.

La Reina.—Bien; empúñale. (*Le coge con fuerza el brazo.*) ¡Señor Baile de Amont... lord Chandos! (*Entra Simón Renard, lord Chandos y los guardias.*) ¡Aseguraos de ese hombre; ha levantado el puñal contra mí! Le he cogido el brazo en el momento en que iba á descargar el golpe. ¡Es un asesino!

Gilberto.—¡Señora!...

La Reina (*en voz baja á Gilberto*).—¿Olvidas ya nuestro convenio? ¿Es así cómo te sometes? (*En voz alta.*) Todos sois testigos, señores, de que aún tenía el puñal en la mano. Señor Baile, ¿cómo se llama el verdugo de la Torre de Londres?

p. 152 Simón Renard.—Mac Dermoti, natural de Irlanda.

La Reina.—Que le conduzcan á mi presencia; quiero hablarle.

Simón Renard.—¿Vos misma?

La Reina.—Yo misma.

Simón Renard.—¡La reina hablar al verdugo!

La Reina.—Sí; la cabeza hablará al brazo... ¡Vamos! (*Sale un guardia.*) Milord Chandos y vosotros, señores, me respondéis de ese hombre; custodiadle sin perderle de vista, pues aquí van á suceder cosas que él debe ver... Señor de Amont, ¿está en palacio lord Clanbrasil?

Simón Renard.—Se halla en la cámara pintada, esperando que Vuestra Majestad se digne recibirle.

La Reina.—¿No sospecha nada?

Simón Renard.—Nada.

La Reina (*á lord Chandos*).—Que éntre.

Simón Renard.—También está ahí toda la corte. ¿No ha de entrar nadie con lord Clanbrasil?

La Reina.—¿Cuál de nuestros señores y caballeros es el que más odia á Fabiani?

Simón Renard.—Todos.

La Reina.—Quiero decir los que le odian más.

Simón Renard.—Clinton, Montagu, Somerset, el conde de Derby, Gerard Fitz-Gerard, lord Paget y el lord Canciller.

La Reina (*á lord Chandos*).—Introducid á todos esos señores, excepto al lord Canciller. (*Chandos sale.—Dirigiéndose á Simón Renard:*) El digno obispo canciller es tan enemigo de Fabiani como los otros; pero tiene escrúpulos. (*Fijando la vista en los papeles que Gilberto ha dejado sobre la mesa.*) ¡Ah! bueno será examinar rápidamente esos papeles.

(*Mientras se ocupa en este examen, ábrese la puerta del fondo y entran los señores designados por la reina, haciendo profundas reverencias.*)

p. 153 ESCENA VI

Los mismos, LORD CLINTON y los demás señores

La Reina.—Dios os guarde, señores. (*Á lord Montagu.*) Antonino Brown, no olvido nunca que hicisteis frente con valor á Juan de Montmorency y al señor de Tolosa en mis negociaciones con el emperador mi tío.—Lord Paget, hoy recibiréis vuestros

títulos de barón de Beaudesert en Stafford.—¡He aquí á nuestro antiguo amigo, lord Clinton! Somos siempre vuestra buena amiga, milord; ya recuerdo que vos sois quien exterminó á Tomas Wyat en la llanura de San Jaime. Es preciso tener á todos presentes. Aquel día, la corona de Inglaterra fué salvada por un puente que permitió á mis tropas llegar hasta los revoltosos, y por un muro que impidió á éstos acercarse á mí. El puente es el de Londres; el muro es lord Clinton.

Lord Clinton (*en voz baja á Simón Renard*).—Hacía seis meses que la reina no me hablaba. ¡Qué amable está hoy!

Simón Renard (*en voz baja á lord Clinton*).—Paciencia, milord; aún os parecerá más amable después.

La Reina (*á lord Chandos*).—El conde de Clanbrasil puede entrar. (*Á Simón Renard.*) Cuando haya estado aquí algunos minutos...

(*Le habla al oído, señalándole la puerta por donde Juana ha salido.*)

Simón Renard.—¡Basta, señora!

(*Entra Fabiani.*)

p. 154 ESCENA VII

Los mismos, FABIANI

La Reina.—¡Ah, hele aquí!...

(*Sigue hablando con Simón Renard.*)

Fabiani (*aparte, saludado por todo el mundo, y mirando á su alrededor*).—¿Qué quiere decir esto? Sólo veo aquí enemigos hoy. La reina habla en voz baja á Simón Renard... y ella se ríe. ¡Diablo, mala señal!

La Reina (*con aire risueño á Fabiani*).—¡Guárdeos Dios, milord!

Fabiani (*tomándole la mano y besándola*).—Señora... (*Aparte.*) Me ha sonreído. El peligro no es para mí.

La Reina (*siempre risueña*).—He de hablaros.

(*Se adelanta con él hasta el proscenio.*)

Fabiani.—Yo también deseo hablaros, señora; tengo que daros quejas. ¡Alejarme, desterrarme durante tanto tiempo! ¡Ah! no sucedería esto si en las horas de ausencia pensarais en mí como yo en vos.

La Reina.—Sois injusto; desde que os separasteis de mí sólo me he ocupado de vos.

Fabiani.—¿De veras he tenido esa dicha? Repetídmelo.

La Reina (*siempre risueña*).—Os lo juro.

Fabiani.—¿Me amáis, pues, como yo os amo?

La Reina.—Sí, milord, os aseguro que sólo he pensado en vos, tanto que os preparo una sorpresa muy agradable.

Fabiani.—¡Cómo! ¿Qué sorpresa?

La Reina.—Un encuentro que os agradará.

Fabiani.—¿Con quién?

La Reina.—Adivínadlo... ¿No lo adivináis?

Fabiani.—No, señora.

p. 155 La Reina.—Pues volved la cabeza.

(*Al obedecer ve á Juana en el umbral de la puertecilla entreabierta.*)

Fabiani (*aparte*).—¡Juana!

Juana (*aparte*).—¡Es él!

La Reina (*sonriendo*).—Milord, ¿conocéis á esa joven?

Fabiani.—No, señora.

La Reina.—Joven ¿conocéis á milord?

Juana.—La verdad antes que la vida. Sí, señora.

La Reina.—¿Conque no conocéis á esa mujer, milord?

Fabiani.—¡Señora! quieren perderme. Estoy rodeado de enemigos. Esa mujer se ha unido con ellos sin duda; yo no la conozco ni sé quién es.

La Reina (*levantándose y cruzándole el rostro con su guante*).—¡Ah! ¡eres un cobarde... vendes á la una y reniegas de la otra! ¡Conque no sabes quién es! ¿Quieres que yo te lo diga? ¡Esa mujer es Juana Talbot, hija de Juan Talbot, el buen caballero católico que murió en el cadalso por mi madre; esa mujer es Juana Talbot, mi prima, condesa de Shrewsbury, de Wexford y de Waterford! Lord Paget, vos sois comisario del sello privado, y tomaréis nota de nuestras palabras. La reina de Inglaterra reconoce solemnemente á la joven Juana como hija única y heredera del último

conde de Waterford. (*Mostrando los papeles.*) He ahí los títulos y las pruebas, que mandaréis legalizar con nuestro gran sello. Es nuestra voluntad. (*Á Fabiani.*) Sí, condesa de Waterford, y esto se halla suficientemente probado. ¡Tú le devolverás sus bienes, miserable!... ¡Ah, conque no conocías á esa mujer, ni sabías quién era! ¡Pues yo te lo digo; es Juana Talbot! ¿Deseas saber algo más? (*Mirándole de frente, y en voz baja:*) ¡Cobarde, es tu querida!

Fabiani.—Señora...

La Reina.—Ya sabes quién es Juana, y ahora te diré. 156 quién eres tú. ¡Eres un desalmado, un hombre sin corazón ni talento, un bribón, un miserable!... Eres... señores, no es necesario que os alejéis, pues poco me importa que oigáis lo que debo decir á este hombre; me parece que no hablo en voz baja. Fabiano, para mí eres un traidor, y para ella un vil lacayo, el más miserable de los hombres. ¡Y yo que te había hecho conde de Clanbrassil, barón de Dinasmonddy y barón de Darmouth en Devonshire! ¡Estaba loca! Os pido perdón, señores, por haber sido causa de que os codeárais con ese hombre. ¡Tú caballero, tú noble, tú señor! ¡Qué absurdo! ¡Compárate con esos que están ahí, miserable, y verás que ellos son verdaderamente caballeros! ¡Ahí tienes á Bridges, barón de Chandos; á Seymour, duque de Somerset; á los Stanley, que son condes de Derby desde el año 1425; á los Clinton, que son barones de Clinton desde el año 1298! ¿Te parece á ti que te asemejas á esos nobles? ¡Te titulas aliado de la familia española de Peñalver, pero esto es una falsedad; tú no eres más que un mal italiano, menos que nada, hijo de un zapatero de viejo del pueblo de Larino!... Sí, señores, hijo de un zapatero de viejo; yo lo sabía y no quise decirlo; ocultábalo, y aparentaba creer á este hombre cuando hablaba de su nobleza. ¡Oh Dios mío, qué débiles somos las mujeres! Quisiera que hubiese otras aquí para que aprendieran con esta lección. ¡Ese miserable engaña á una y reniega de la otra! ¡Seguramente eres muy villano! ¿Cómo es que desde que te dirijo la palabra no has doblado la rodilla? ¡Arrodíllate al punto, Fabiani! ¡Señores, obligadle á obedecer!

Fabiani.—Vuestra Majestad...

La Reina.—¡Ese infame, á quien he colmado de beneficios, ese lacayo napolitano, á quien hice caballero y conde libre de Inglaterra! ¡Ah! debía esperármelo, pues ya me habían dicho que esto acabaría así; pero yo soy siempre lo mismo; me empeño en unap. 157 cosa y veo después que he cometido un error. Todo es culpa mía. Italiano significa para mí bribón, y napolitano, cobarde. Siempre que mi padre se sirvió de un hombre de esa nación hubo de arrepentirse. ¡Ese es Fabiani! Bien ves, Juana, á qué hombre te has entregado. ¡Desgraciada niña, yo te vengaré! ¡Oh! debías saberlo ya; del bolsillo de un italiano sólo se puede sacar un puñal, y de su alma una traición.

Fabiani.—Señora, os juro...

La Reina.—¡Sólo os falta ahora eso! ¿Llevaríais vuestra vileza hasta el punto de jurar? ¡Al fin me haréis ruborizar delante de esos caballeros, cuando ni siquiera podéis levantar la cabeza!

Fabiani.—Sí, señora, la levantaré, aunque vea que estoy perdido y que se ha resuelto mi muerte. Emplearéis todos los medios, el puñal, el veneno...

La Reina (*cogiéndole de la mano y conduciéndole vivamente al proscenio*).—¡El puñal, el veneno! ¿Qué dices, italiano? ¡La venganza traidora, la venganza vil, la venganza de los hombres de tu nación! ¡No, señor Fabiani, ni puñal ni veneno! ¿Necesito yo por ventura ocultarme, buscar la esquina de las calles por la noche, y hacerme pequeña cuando me vengo? ¡No, yo lo quiero todo á la luz del día, á la luz del sol, en la plaza pública; el hacha y el tajo; la multitud en calles, ventanas y tejados, y cien mil testigos del acto! Quiero que se tenga miedo, que se vea un aparato imponente, magnífico y espantoso á la vez; quiero que se diga: «¡Es una mujer ultrajada, pero también una reina que se venga!» Á ese favorito tan envidiado, á ese gallardo joven insolente, á quien he cubierto de terciopelo y seda, quiero verle ahora espantado, tembloroso y de rodillas sobre un paño negro, con los pies descalzos y las manos atadas, silbado por el pueblo y en manos del verdugo. En ese blanco cuello que yo adorné con un collar de oro voy á poner ahora una cuerda; he vistop. 158 el efecto que Fabiani producía en un trono; veremos qué aspecto tiene en el cadalso.

Fabiani.—Señora...

La Reina.—¡Ni una palabra más, porque estás verdaderamente perdido! Has de subir al cadalso como Suffolk y Northumberland, y con esto proporcionaré una fiesta á mi buena ciudad de Londres; ya sabes cuánto te aborrece, y por lo tanto mayor será su satisfacción. ¡Ah! ¡gran cosa es ser María, reina de Inglaterra, hija de Enrique VIII, y dueña de los cuatro mares, cuando se quiere tomar venganza! Una vez en el patíbulo, Fabiani, podrás dirigir un largo discurso al pueblo como lo hizo Northumberland, ó una ferviente oración á Dios, como Suffolk, para que la gracia tenga tiempo de llegar; pero eres un traidor, y yo te aseguro que no habrá perdón. ¿Quién diría que ese miserable bergante me hablaba de amor esta mañana? ¡Dios mío, señores, parecéis admirados de que hable así ante vosotros; pero os repito que no me importa! (*Á lord Somerset.*) Milord duque, sois condestable de la Torre; pedid su espada á ese hombre.

Fabiani.—Hela aquí; pero protesto. Aun admitiendo que esté probado que engañé ó seduje á una mujer...

La Reina.—¡Y qué me importa que hayas seducido á una mujer! Esos señores comprenderán que á mí me es igual.

Fabiani.—Seducir á una mujer no es un crimen capital, señora. Vuestra Majestad no pudo conseguir que condenasen á Trogmorton por una acusación análoga.

La Reina.—¡Creo, Dios me perdone, que ese hombre se atreve á retarme! El gusano se convierte en serpiente. ¿Y quién te dice que se te acusa de eso?

Fabiani.—¿Pues de qué sería? Yo no soy inglés, ni tampoco súbdito de Vuestra Majestad; lo soy del rey de Nápoles, y vasallo del Padre santo. Apelaré á su legado, el eminentísimo cardenal Polus, para que me p. 159 reclame; me defenderé, y además, soy extranjero; á mí no se me puede encausar sin que haya cometido un crimen, un verdadero crimen. ¿Cuál es el mío?

La Reina.—Todos oís la pregunta que ese hombre me dirige; escuchad ahora la respuesta; y tened todos cuidado, porque vais á ver que me basta golpear con el pie para hacer salir de tierra un cadalso. ¡Chandos, abrid de par en par esas puertas, y que éntre aquí toda la corte; dejad paso á todo el mundo!